



Dr. Plinio

Publicación Mensual Vol. IV - Nº 44 Diciembre de 2021



Señal de contradicción

El odio sacral de la Iglesia militante



São Silvério, Papa

Oleografia: Panigati e Meneghini Milano (CC3.0)

Está en la índole de la herejía ser brutal, falsa, buscar el exterminio. Los herejes emprendieron todo contra San Silverio, sin embargo, no consiguieron nada porque él se mantuvo firme y fiel.

La mala fe del hereje debe ser vencida por medio de actitudes que lo desmoralicen a los ojos de terceros, para que él no pueda ser nocivo. La Iglesia es militante, y es con espíritu de lucha que se debe combatir las herejías.

Nosotros estamos en una guerra declarada y la más terrible de todas, porque es la guerra entre los hijos de la serpiente y los hijos de la Virgen.

San Luis Grignion de Montfort dijo muy bien que esa enemistad existirá siempre, pues todo lo que Dios hace es perfecto, y esa es la única que Él estableció: "Inimicitias ponam" (Gn 3, 15). Es una enemistad perfecta que considera el deseo de salvar las almas de los herejes, pero va hasta el extremo del odio sobrenatural. Nuestras almas deben estar llenas de ese odio sacral, haciéndonos los apóstoles de los últimos tiempos, combativos, celosos, intransigentes; y nunca apóstoles atontados y traidores de la causa que deberían defender. He aquí la gran lección que se desprende de la bella vida de San Silverio.

(Extraído de conferencia del 19/06/1967)

Sumario

Vol. IV - No. 44 Diciembre de 2021



En la portada, Dr. Plinio venera la imagen del Niño Jesús, en 1989.

Foto: Archivo Revista

Las materias extraídas de exposiciones verbales del Dr. Plinio — designadas como “conferencias” — son adaptadas al lenguaje escrito, sin revisión del autor

Dr. Plinio

Revista Mensual de Cultura Católica

Director:

Roberto Kasuo Takayanagi

Consejo Consultivo:

Antonio Rodrigues Ferreira
Jorge Eduardo G. Koury

Redacción:

Traducida de la edición brasileña y editada en Colombia por PRODENAL con las debidas autorizaciones de la Editora Retornarei Ltda. de San Pablo - Brasil

* * * * *

PRODENAL

Carrera 13 No. 75-20 Apto. 203
Tel (57 1) 312 0585
Bogotá - Colombia
prodenal@gmail.com

Para obtener la versión digital de números anteriores, ir a:
<http://caballerosdelavirgen.org/articulo/revista-dr-plinio>

Plinio Corrêa de Oliveira

San Pablo – Brasil
13/XII/1908 – † 3/X/1995
Pensador y escritor católico

EDITORIAL

4 *Gloriosa noche coronada de contradicciones*

PIEDAD PLINIANA

5 *Pidiendo la plenitud del espíritu de María*

DOÑA LUCILIA

6 *Justicia y bondad*

DR. PLINIO COMENTA...

10 *Músicas navideñas francesas*

DE MARIA NUNQUAM SATIS

14 *Los odios sapienciales del Inmaculado Corazón de María - I*

REFLEXIONES TEOLÓGICAS

18 *Navidad de los guerreros de María*

SANTORAL

24 *Santos de Diciembre*

HAGIOGRAFÍA

26 *Altísimo y grandioso mirador*

APÓSTOL DEL PULCHRUM

32 *Deseo de lo paradisiaco*

ÚLTIMA PÁGINA

36 *La antítesis más completa del mal*



Gloriosa noche coronada de contradicciones

Señor Jesús ¡con cuántas contradicciones quisisteis coronar la noche mil veces gloriosa de vuestro Santo Nacimiento!

“Corona” sí: es precisamente este el vocablo que conviene a ese conjunto de circunstancias con que quisisteis cercar la hora tan rica en símbolos de gloria y de dolor, en la cual, naciendo de las entrañas de la Virgen Madre, iniciasteis la marcha esplendorosa que, conduciéndoos de la gruta de Belén hasta lo alto del Tabor, y de este último al Calvario, ¡habría de tener su término final en el momento glorioso y terrible en que destruiréis al Anticristo, cerraréis por un terrible decreto de exterminio la Historia de la humanidad y bajaréis a la Tierra para iniciar el juicio de todos los hombres!

Contemplando esas escenas de dolor y de victoria, de glorificación suprema como de condenación inexorable y extrema, situamos la Fiesta de vuestro Santo Nacimiento en su plena perspectiva histórica. Sí, una perspectiva en la cual Dios y el demonio, el Cielo y el Infierno, en un contraste implacable, en una lucha suprema, habrían de rematar sus golpes hasta el momento en que, cesada la Historia, solo restarían en confrontación los buenos y los malos, unos destinados por la Justicia eterna a la felicidad entera, perfecta, gloriosa y sin fin, y otros para el abismo perpetuo e insondable de dolores, de oprobios y de vergüenza, donde todo no es sino derrota, fracaso, gemido y rebelión perfectamente inútil.

En la Noche de Paz los Ángeles cantaron “Gloria a Dios en lo más alto de los Cielos, y en la Tierra paz a los hombres de buena voluntad” (Lc 2, 14). Sí, a los hombres de buena voluntad. Sin embargo, ya había también bajo la bóveda celeste, constelada de estrellas, hombres de mala voluntad. Ciertamente no era para ellos – los malditos, los réprobos – el anuncio de la paz, mas el de una inexorable y total desgracia.

Vos quisisteis que rodeasen vuestro Pesebre no solo las glorias estridentes que tocan en la infinitud de vuestra Santidad, sino también las dulzuras insondables del perfecto Corazón de Madre que os adoró desde el primer instante de vuestra concepción.

Es en el ápice de todas esas perfecciones que nuestros ojos os contemplan hoy, en la noche de Navidad. De tantas contradicciones, al mismo tiempo magníficas y supremas, deslumbrantes y terribles, se desprende una enseñanza que, suplicantes, os pedimos marquéis en nuestros corazones.

También el mundo contemporáneo está inmerso en la contradicción entre la verdad y el error, el bien y el mal, la belleza y la hediondez. Por un lado, os contemplamos, Señor Jesús, y a vuestra Santa Madre, junto a quien refulge la santidad de José; y de otro, vemos el océano de las ignominias, de los crímenes, de las bajezas en las cuales se va precipitando el mundo “*totus in maligno positus est*” (El mundo entero yace en poder del Maligno) (1Jn 5, 19).

Para donde echemos un vistazo, algo vemos u oímos que ofende, ultraja y conspira en Vuestra contra. No hay lo que no concurra a escarnecer, golpear, hacer sangrar y arrastrar la Cruz. En vuestro entorno, todo es contradicción, en el sentido de que casi no hay sino mal, y este es esencialmente contradictorio.

Señora de los Dolores, haced que comprendamos esta hora de contradicción, permaneciendo genuflexos a los pies de la Cruz, más al mismo tiempo erguidos y audaces como guerreros, como Ángeles en pleno campo de batalla. Combatientes implacables, de corazón abrasado de amor a Vos y a vuestro Divino Hijo, para aplastar el mal, destrozando las contradicciones, elevaros al pináculo de la gloria de vuestro Reino ¡oh María!

* Conferencia del 23/12/1993.



DECLARACIÓN: *Conformándonos con los decretos del Sumo Pontífice Urbano VIII, del 13 de marzo de 1625 y del 5 de junio de 1631, declaramos no querer anticipar el juicio de la Santa Iglesia en el empleo de palabras o en la apreciación de los hechos edificantes publicados en esta revista. En nuestra intención, los títulos elogiosos no tienen otro sentido sino el ordinario, y en todo nos sometemos, con filial amor, a las decisiones de la Santa Iglesia.*



Flávio Lourenço

La Virgen
adorando al
Niño Jesús
Convento de Santa
Clara, Medina de
Pomar, España

Pidiendo la plenitud del espíritu de María

Madre nuestra, Señora del universo, obtenednos del Niño Dios, Vos que sois su Madre extremosa y sin mancha, una contrición verdadera y profunda por tantos pecados cometidos a lo largo de este año que se encierra, y que constituyen señales inequívocas de un desbordante egoísmo y de una inquietante falta de amor a Dios.

Vos quisisteis pasar una página de nuestra historia, tomando Vos misma la iniciativa de la reconquista de nuestras almas. ¡Acabad, pues, Señora, la obra que comenzasteis! Que no se detenga vuestro brazo en el inicio de la tarea, ni descansen vuestros pies antes de alcanzar la meta. Comunicadnos la plenitud de vuestro espíritu, preparadnos para los grandes lances que se presentan delante de nosotros.

Haced que vuestro espíritu sagrado transponga los abismos de nuestras miserias e infidelidades, como otrora el Verbo de Dios transpuso los abismos que lo separaban de la Creación para unirse a Vos.

Sobre todo, Señora, haced que la gran batalla profética se efectúe, que san Miguel venga y Vos venzáis. Amén.



Justicia y bondad

Muchas madres no saben castigar ni premiar a sus hijos en los momentos adecuados. Doña Lucilia fue un modelo en el sentido contrario. En todas las ocasiones de punir, ella punía de verdad; en todos los momentos de premiar, premiaba de verdad. Llevaba las cosas hasta los últimos pormenores. Nunca elogiaba a su hijo, pero siempre lo trataba con inmensa bondad.

Puede darse el caso – y desconfío que hoy sea mucho más frecuente que otrora – de que una madre pierda la paciencia con el hijo sin ser justa, porque está nerviosa, irritada, los negocios

no están bien, o simplemente porque ella no controla los nervios, se enoja fuera de hora, después agrada fuera de hora, etc. Ella no es justa en el momento en que pune ni en el momento en que premia.

Pablo. Todos los meses le entregaban la libreta a cada alumno con las notas de aprovechamiento del estudio y de comportamiento en cada materia.

Yo le mostraba la libreta a mi madre, ella la abría y a veces, para evitar que me olvidase, decía: “Mira, voy a ver antes la nota de comportamiento. Porque de la nota de comportamiento tú eres el responsable. Si fueres bueno en comportamiento, mereces un premio; si fueres malo, tienes la culpa, porque depende de ti.”

Después ella agregaba, para estimularme: “La nota de aprovechamiento ya no es así, porque no sé si tuve un hijo burro o inteligente. Aún no está demostrado. Y si eres burro, no tienes la culpa. Ahí aparece la nota baja y me doy cuenta de que Plinio es burro. Pero no voy a castigar a un hijo porque es burro, pues no castigaría a un hijo porque es enfermo, por ejemplo. Simplemente constato: mi hijo es burro.”

Mi madre miraba la nota de comportamiento, y en general, siempre fue bien buena: nueve o diez. Ella toleraba nueve en una materia o dos, no más que eso. Porque sacar nueve en algunas materias, quería decir que estaba decayendo en comportamiento, por lo tanto

Boletín con notas de aprovechamiento y comportamiento

Doña Lucilia fue un modelo en el sentido contrario. En todas las ocasiones de punir, ella punía de verdad; en todos los momentos de premiar, premiaba de verdad. Ella llevaba las cosas hasta los últimos pormenores.

Por ejemplo, ella prestaba mucha atención en las notas que yo sacaba en el colegio. En aquel tiempo el Colegio San Luis, de los padres jesuitas, era el mejor de San



Doña Lucilia el 4/2/1956



Fachada y salón de clases del Colegio San Luis en San Pablo, Brasil



en el carácter, y era necesario ver cuál era la razón de esa decadencia.

Los mejores alumnos eran premiados con medallas de oro o de plata

Al final del año, los padres distribuían un premio destinado a pocos alumnos. Entonces, para cada materia había una medalla de oro y otra de plata, correspondientes al primero y al segundo lugar en cada disciplina.

Y una vez yo recibí cuatro medallas. Lo cual era reputado un bello total en el Colegio San Luis. Y ellos prendían las medallas en el pecho del alumno. Mi madre iba siempre a las fiestas de distribución de premios, a fin de prestigiarlas y para que yo comprendiese que, de hecho, era necesario estudiar duro.

Pero ese año ella no fue. Cuando llegué a casa, mi madre estaba esperándome. Toqué el timbre, ella fue corriendo a la puerta, y viéndome con cuatro medallas me abrazó y besó mucho. Pero eran cuatro medallas de plata, no de oro; no sé si ella percibió eso. Yo no dije nada y vi que estaba muy contenta.

Ella tampoco pudo ir a la fiesta al año siguiente, pues sufría mucho del hígado.

Cuando llegué a casa, toqué el timbre, ella enseguida atendió la puerta y preguntó:

– Entonces, *filhão*¹, ¿cómo te fue?

Yo estaba con tres medallas.

Ella miró y dijo:

– ¿Solo tres medallas?!

– *Mãezinha*², una es de oro...

Entonces me abrazó y besó mucho.

Cuento eso, para que noten cómo ella veía hasta las cosas más pequeñas.

Doña Lucília nunca elogiaba a su hijo

Doña Lucília tuvo este cuidado hasta el fin de su vida: nunca me elogiaba en mi presencia. A veces, una que otra persona me hacía un elogio en mi presencia, pero ella fingía que no oía y continuaba conversando.

Había una señora que frecuentaba nuestra casa y tenía un yerno que era colega mío, abogado como yo. Esa persona iba a nuestra residencia y contaba las proezas de su yerno, como abogado. Pero tomaba mucho tiempo narrando. A mi madre le



Plinio con aproximadamente 11 años



Libreta de calificaciones y algunos premios recibidos por Plinio en el Colegio San Luis



Estampas dadas por los padres jesuitas a Plinio, como premio por su buen aprovechamiento en los estudios

agradaba esa persona, oía todo con mucha atención y quedaba admirativa. Nunca contaba nada de lo que yo había hecho. Y yo tampoco contaba.

Un día le pregunté:

– Mamá, Ud. ve que ella cuenta esas cosas para dar a entender que él es un abogado mucho más capaz que yo. ¿Por qué Ud. no dice algo sobre lo que yo hago?

Ella me dijo, con un tono de voz muy normal:

– Hijo mío, la pobre queda tan alegre, ¿por qué voy a quitarle la alegría?

Eso entraba, en alguna medida, en su actitud. Pero yo veía muy bien que no era solo por ese motivo. Mi madre tenía miedo de que yo, oyendo un elogio contado por ella, quedase vanidoso. Entonces, en ningún momento ella hacía algún elogio a mi respecto. Pero daba pruebas de confianza sin límites en mí, con respecto a todo. Si yo llegase con un papel en blanco y le pidiese firmar, ella firmaba y no preguntaba después qué era. Ese es el mejor de los elogios.

Cierta vez, un sujeto que era mal hijo me dijo:

– ¡Cómo Doña Lucilia confía en ti! Mis padres no confían tanto en mí.

Yo casi le digo: “¡Cada uno tiene lo que le es justo!” Era la justicia.

El niño Plinio se ve afectado por el crup

Ahora, veamos la bondad de mi madre.

Yo tuve, cuando tenía unos diez años de edad, una enfermedad gravísima y contagiosísima, llamada angina diftérica, también denominada crup. No es paperas, que es una enfermedad común. Varios de los que están en este auditorio deben haber tenido paperas. Pero crup es una enfermedad infecciosa horrible y muchas veces mortal. Porque es una infección que da en la garganta, y la persona queda postrada con una fiebre elevadísima. Afecta sobre todo a niños, pero, a veces también a gente adulta, si no me engaño. La garganta se va hinchando, se cierra e impide la respiración; la persona muere por falta de aire.

Yo me acuerdo que me desperté una mañana con la voz embargada, y le dije al empleado: “¡Llame a Doña Lucilia!”

Ella llegó y yo le dije:

– Mi bien, yo no me levanto ahora porque estoy muy enfermo.

– ¿Qué te pasa, hijo mío?

Le expliqué lo que sentía. Ella cogió una caja de juguetes – de los mejores, que más me interesaban –, la puso en la cama y dijo: “Ve jugando aquí, mientras consulto al médico.”

Me acuerdo muy bien que me senté a jugar, porque era un juguete que no daba para utilizar acostado. Sentí mi cuerpo debilitarse y me hundí en la cama de nuevo.

El médico que mi madre había consultado por teléfono indicó algunos remedios. Pero la enfermedad era contagiosísima. Ella podía perfectamente contratar a una enfermera para tratarme, porque era muy enferma del hígado y si le diese crup, se moría con toda seguridad. No quiso saber de ninguna enfermera, desde el comienzo hasta el fin.

Había, sobre todo, un momento decisivo en el crup, especialmente contagioso, con respecto al cual el médico, homeópata, previno a mi madre. Yo tomaba el remedio periódicamente y mi fiebre iba subiendo. Ella llamaba por teléfono al médico – que era amigo de la familia y recibía las llamadas

con mucho agrado – y él le decía: “No se asuste, la fiebre de Plinio va a subir aún más. Pero en cierto momento, si el remedio le hace bien, la membrana infectada que él tiene en la garganta será expelida. En el momento en que él lance esa membrana, tenga un paño cualquiera en el regazo y haga que la expela en ese paño. Y mande inmediatamente a una de las criadas a llevarlo al jardín, donde ya debe tener un hueco listo, y enterrarlo bien hondo, porque esa membrana es ultracontagiosa. Y si Ud. la pone en cualquier otro lugar de la casa, se le pega a alguien.”

Ella podía contratar a una enfermera, por lo menos para ese momento, pero no lo hizo.

Me acuerdo que estaba sentada junto a mí. En cierto momento, hice una señal de que iba a suceder algo. Pero yo estaba pensando, con mi mentalidad de niño, que me iba a morir. Mi madre me ayudó y expelí la tal membrana en la toalla colocada sobre su regazo. Ella inmediatamente la dobló, para evitar la expansión de los microbios. Después me agradó un poco, llamó a una empleada de la casa y le dijo: “Magdalena, coja esto con la punta de los dedos y entiérrelo en un hueco que fue hecho allá, en el fondo del quintal.”

Magdalena fue corriendo e hizo como Doña Lucilia le había mandado. Gracias a Dios, ni mi madre ni Magdalena se contagiaron. Unos días después, yo ya estaba restablecido.

Cuando expelí la membrana y mi madre vio que, por lo tanto, el peligro había pasado, ella llamó por teléfono al médico para contarle lo sucedido, diciendo:

– ¡Doctor Fulano!

Él respondió:

– No necesita contarme el resto.

Su voz alegre ya me lo dice todo...

Deseo de tener siempre la presencia de su hijo

Cuando mis padres estaban vivos, todos los días yo almorzaba con ellos

y, terminado el almuerzo, salía corriendo para el trabajo. Ellos estaban tan habituados a eso, que ni siquiera prestaban atención si yo había salido o no, pues daban por cierto que, habiendo acabado de almorzar, ya estaba fuera de la casa.

Pero un día, tal vez por haber olvidado algo en casa, volví y encontré esta escena: los dos en una sala de estar; mi padre sentado y mi madre, de pie, le decía:

– ¿De verdad crees que ese menú está bien? ¿A Plinio le gustará comer esos platos? ¿O será mejor hacer otra cosa?

Mi padre, que estaba con sueño y con ganas de hacer la siesta, respondió:

– ¡Oh, señora! Haz con él lo que yo haría. Si yo tuviese que organizar un menú, diría: “Joven, para la cena hay esto. Si quieres, come; isi no quisieres, vete a comer afuera!”

Ahora bien, eso era justamente lo que mi madre no quería. Su deseo era que yo cenase con ella. Ella no dijo nada, pero noté que había quedado desconcertada porque quería una ayuda

que él no le dio. De hecho, él no podía ayudar, pues esas son cosas que una dueña de casa piensa y un hombre no. Ella se quedó quietecita y después salió de la sala. Me retiré de tal forma que ellos no percibiesen que yo había presenciado la escena. Pero salí pensando: “¡Se ve muy bien que padre es padre, pero madre es madre!”

Por ese pequeño episodio, comprendemos la ventaja inapreciable de tener una Madre en el Cielo, como Nuestra Señora, que tiene para con los hijos aquellas accesibilidades, bondades, que las madres tienen. ¡Más aún siendo Ella, al mismo tiempo, Madre de Dios! Por esa causa, debemos rezar con confianza, porque Ella atiende siempre nuestros pedidos. ❖

(Extraído de conferencia del 15/12/1991).

1) En portugués, aumentativo afectuoso de hijo.

2) En portugués, diminutivo afectuoso de mamá.



El Dr. Plinio en 1991

Músicas navideñas francesas

Analizando dos músicas navideñas francesas, Dr. Plinio muestra cómo cada una de ellas debería reflejar más profundamente la grandeza sobrenatural de la Navidad. En medio de mucha delicadeza, hay una especie de carencia de sacralidad.

Una de las principales características de la música francesa, al menos en la medida en que la conozco, es que ella expresa de preferencia un cierto tipo de sentimiento humano, al cual corresponde el adjetivo francés *salonnier*, de salón.

Cortesía francesa

El clásico salón francés es habitualmente de techos altos, techo con estuco, teniendo algunas muy ligeras pinturas doradas realzando algún movimiento del estuco. Los muebles son de un estilo que puede ir del Luis XIII hasta el Luis XVI, hechos de maderas preciosas, con incrustaciones en bronce finamente trabajadas, a veces con

cubierta de mármol, alabastro u otra piedra también de gran valor, teniendo encima *bibelots*, figuritas de porcelana, de plata, de oro, de cristal, puestas allí para entretener a los hombres, y jarros de flores muy bonitas. Las sillas en el mismo género, con tejidos de una delicadeza magnífica, con colores leves: color de rosa muy pálido, azul de aurora, verde agua. Todo dentro de una atmósfera de sonrisa, creando el clima de la cortesía francesa.

La lengua francesa es para esa cortesía como la partitura es para la música. Hay una finura francesa que es el modo de ser amable, de hacerse agradable por aquello que se dice, de modo ultrapensado, pero muy leve.

De manera que la cosa pesada, muy racionada que viene como una carreta no cabe en el estilo francés que es leve, distinguido, y procura dar la impresión de que la idea surgió con toda facilidad de un espíritu genial, e hizo a todo el mundo sonreír.

La sonrisa de admiración, de aplauso, de simpatía, de protección, todas las gamas de la sonrisa florecen en el salón francés. Las reverencias son profundas, calculadas según la categoría de la persona que la hace y de la que recibe la reverencia. Hay toda una aritmética social colocada en eso, pero que se disfraza con dichos ligeros. Eso hace que se tenga la impresión de que todo eso es sua-



Salón de los Príncipes de Condé – Castillo de Chantilly, Francia

ve, espontáneo, y se vive una vida casi irreal.

Esa suavidad, producto quintaesenciado de una civilización a la cual me refiero con simpatía, más aún, con admiración, es sin embargo, un refinamiento unilateral. Porque no es justo, no es bueno, no es real que toda la vida social de un pueblo como el francés reproduzca apenas lo leve y lo elegante como si la vida fuese sólo eso. El salón tiene que ser una imagen de la vida, mas el salón francés es la imagen de una fantasía.

Encanto por la vida campestre

Dada esta introducción, podemos preguntarnos cómo es la Navidad francesa, que es una Navidad de salón. Es una sociedad de salón que procura colocarse en presencia de la gruta de Belén con el Niño Dios, Nuestra Señora y San José, personas de estirpe principesca, pero al mismo tiempo simple, y hasta muy simple, de un lado; y de otro lado lo que hay de menos propio a un salón: ¡Bueyes y vacas que con su aliento van calentando a un Niño que siente frío, acostado en la paja, dentro de un pesebre! No era así que se representaban al rey y a la reina, mirando al delfín que había nacido. Entonces, ¿cómo el francés imagina los sentimientos del hombre de salón frente a ese Pesebre?

De esa vida de salón floreció lo que en francés se llama la *bergerie*. *Berger* es el pastor. La *bergerie* es un conjunto de comentarios, presentaciones, toda una concepción del mundo pastoril. Entonces, el pastorcito, árboles lindos con frutitas rojas, un corderito en el cual se podría amarrar una cinta color rosa o azul claro, la pastorcita que camina al lado de él usando un bastón grande, la campanita que toca cuando el corderito anda... En fin, una representación mimosa basada en la vida de campo, pero como esta vida no es en la realidad. Porque el campo tiene escarabajos, agujeros en el suelo, bichos muertos, cosas fétidas. El campo es el campo, aunque sea francés.

Este encanto por la vida campestre era un modo por el cual los franceses se desahogaban de lo excesivamente quintaesenciado, civilizado, procurando recurrir a la simplicidad extrema y hasta exagerada para mostrar los lados encantadores del candor pastoril.

Dentro de esta concepción, la Reina María Antonieta llegó a construir un *hameau*, un caserío, menor incluso que una aldea, en el Petit Trianon, que era una especie de ambiente campestre organizado por ella en las dependencias del parque de Versalles. Allí ella, las duquesas y las princesas aparecían vestidas de pastorcitas, pero con tejidos de seda. Entonces, pastoras de cuento de hadas, con unos carneritos que antes habían sido lavados, perfumados, arreglados del modo más perfecto y que podían poner una pata fuera de la etiqueta. Canciones pastoriles tocadas por grandes orquestas, etc.

Yo imagino que es en esa delicadeza lírica de la canción pastoril que es concebida la Navidad francesa.

Ahora, vamos a analizar algunas músicas navideñas francesas.

Nació el Divino Niño

Il est né le Divin Enfant
Jouez hautbois, résonnez musettes
Il est né le Divin Enfant
Chantons tous son avènement
 Nació el Divino Niño



Petit Trianon (al fondo) y sus jardines – Versailles, Francia



Gabriel K.



Natividad – Museo Metropolitano de Arte, Nueva York, EUA

Tocad oboes, resonad gaitas
Nació el Divino Niño
Cantemos todos su advenimiento

El término “avènement” tiene aquí una particularidad: es que se dice también de un rey que sube al trono, el *avènement du roi*.

*Depuis plus de quatre mille ans
Nous le promettaient les prophètes
Depuis plus de quatre mille ans
Nous attendions cet heur ex temps*

Desde hace cuatro mil años
Los profetas nos prometían
Desde hace cuatro mil años
Nosotros esperábamos este tiempo feliz

Es el Mesías que debía venir
*Ah Qu'il est beau, qu'il est charmant!
Ah! Que ses grâces son parfaites!
Ah! Qu'il es beau, qu'il est charmant!
Qu'il est doux ce Divin Enfant!*

Ah, ¡cómo es bello, cómo es encantador!

El término “encantador” no traduce completamente lo que la palabra “charmant” significa en francés. Es preciso haber visto el encanto de la cosa francesa para comprender lo que es *charme*.

¡Ah, qué perfectas son sus gracias!

Gracia, ¿qué es aquí? No es la gracia sobrenatural, sino cómo es perfec-

to aquello que Él tiene de gracioso. Su graciosidad es perfecta. Veán, por tanto, que es el Niño de salón.

¡Ah, qué bello es, qué encantador!
¡Qué dulce es ese Niño Divino!

Está descrito el Niño: El es bello, encantador, dulce. Es el Niño-Dios. Realmente conviene al Niño-Dios esto, mas es una focalización toda especial.

*Une étable est son logement
Un peu de paille est sa couchette
Une étable est son logement
Pour un Dieu quel abaissement!*

Un establo es su alojamiento
Un poco de paja es su lecho
Un establo es su alojamiento
¡Para un Dios, qué rebajamiento!

*Partez grands rois de l'Orient
Venez vous unir a nos fêtes
Partez grands rois de l'Orient
Venez adorez cet Enfant*

Partid, oh grandes reyes del Oriente
¡Venid a uniros a nuestra fiesta!
¡Partid, oh grandes reyes del Oriente

Venid a adorar a esta Criatura!

La idea subyacente es que, a pesar de la paja, etc., los grandes reyes vendrán a adorarlo, introduciendo una cierta atmósfera de salón en el establo.

*O Jésus, o Roi tout puissant
Tout petit enfant que vous êtes*

*O Jésus, o Roi Tout-Pouissant
Regnez sur nous entièrement
Oh Jésus, oh Rey todopoderoso
Tan pequeñito que sois.*

El contraste es intencional: a pesar de ser una criatura tan pequeña, él es Rey omnipotente.

¡Oh Jesús, oh Rey todopoderoso
Reinad sobre nosotros enteramente!

Entonces, es el acto de sumisión del salón al Rey que puede todo, a pesar de ser una Criatura tan pequeña acostada en la paja.

Carencia de sacralidad

Noten como la procura de lo gracioso está presente en esa música que, tocada de un modo un poco más vivaz, serviría para acompañar un desfile de nobles vestidos a la moda de aquel tiempo, cada uno extendía la mano a una dama de la nobleza y ella tocaba apenas con las puntas de los dedos, manteniendo distancia entre ambos, andando con ligereza, usando zapatos de barniz con tacones rojos. Los nobles usaban tacones rojos, era el distintivo de la nobleza, *culotte* y medias de seda con botones de materia preciosa, trajes con terciopelos inestimables y brocados.

Toda la música transcurre en un tono que convendría más para un festejo de distracción de la nobleza que a una fiesta propiamente de piedad. Es decir, en medio de toda esa delicadeza hay una especie de carencia de sacralidad. Y yo me recriminaría si no acentuase esto con toda la fuerza necesaria. Por más que todo eso sea *charmant* – y realmente lo es – se ve la serpiente de la Revolución Francesa enroscada ahí. Una apreciación inexorable de esa canción llevaría a esto.

A cierta altura la canción toma aires de algo que es cantado por niños en la presencia del Dios Niño, o por adultos para hablar con el Divino Infante. Mas hay una nota de infancia, de inocencia, una vez más *charmante*, en la cual, sin embargo, la verdadera piedad católica del canto llano no está presente.

Este *charme* todo no habría podido nacer sino de una civilización cristiana. Mas el *charme* no basta para la sacralidad. Ese es el gran error presente en esta canción. Porque la Navidad es una fiesta suma, esencial y culminantemente religiosa. El recogimiento, la ternura, la delicadeza y todo cuanto encontramos en el canto llano – y mismo en el polifónico más próximo del canto llano – no está presente en esta música. Está presente el salón.

Podría ajustar más la crítica, pero no lo hago porque esa delicadeza toda es aristocrática y, como tal, odiada por los revolucionarios. Por tanto, no quiero ponerla pura y simplemente en la piqueta sin haberle manifestado mucha admiración.

Los Angeles en nuestros campos

Consideremos otro cántico cuya letra dice:

Les anges dans nos campagnes

*Ont entonné l'hymne des cieux.
Et l'écho de nos montagnes
Redit ce chant mélodieux*

*Gloria in excelsis Deo
Bergers, pou qui cette fête?
Quel vainqueur, quelle conquête
Merite ces choeurs triomphants?*

*Gloria in excelsis Deo
Ils annoncent la naissance
Du Saint Redempteur d'Israel
Et pleins de reconnaissance
Chantants ce jour solennel
Gloria in excelsis Deo*
Los Angeles en nuestros campos
Entonaron un himno de los Cielos
El eco de nuestras montañas
Repercute ese canto melódico
Gloria a Dios en las alturas
Pastores, ¿para quién es esta fiesta?

¿Cuál es el objeto de todos estos cantos?

¿Qué vencedor, qué conquista
Merecen estos coros triunfantes?
Gloria a Dios en las alturas
Ellos anuncian el nacimiento
Del Santo Redentor de Israel

Y llenos de reconocimiento
Cantan en este día solemne
Gloria a Dios en las alturas

La Navidad es una fiesta sobrenatural

Esta canción es sensiblemente menos frívola que la anterior. Ella procura, como aquella, resaltar la alegría y el esplendor de la noche de Navidad. En cualquier cántico navideño éste es un elemento indispensable. Mas esa música busca esa alegría y ese esplendor en la participación de los Ángeles. Quien compuso la canción desvió la atención del público, que está arrodillado delante del Pesebre y que debe aplaudir la canción, hacia el coro de los Ángeles en el Cielo. El esplendor es, sobre todo, el de los Ángeles, como algo hecho para glorificar al niño.

Sin embargo, esa glorificación es dada menos por los hombres que por los Ángeles. Los hombres procuran interpretar y reproducir lo que los espíritus celestes cantaron en honra al Niño. De manera que tiene más fuerza y sacralidad que la canción anterior, en la cual son hombres de salón que dicen: “Ah, qué criatura graciosa...”

Asimismo, a mi ver, no tiene todo aquel grado de sacralidad y sobrenaturalidad indispensable a la música sacra, o incluso a la música religiosa popular, que tiene su papel, pero precisa ser más sacral, hacer sentir más lo sobrenatural. Aquí se siente aún la naturaleza cantada en lo que ella tiene de más bello, no obstante lo cual no agota la belleza de la Navidad. La Navidad es una fiesta sobrenatural. ♦

(Extraído de conferencia del 4/1/1989)



Catedral Notre-Dame de París, França



Presentación de la Virgen María en el Templo - Museo de Dijon, Francia

Los odios sapienciales del Inmaculado Corazón de María - I

María Santísima es toda cristalina, hecha de dulzura y pureza, se diría que es un alma incapaz de odiar. Sin embargo, por el propio amor incondicional que Ella tiene a Dios, es imposible que no odie aquello que sea contrario a Él.

Nuestra Señora es la Medianera de todas las gracias y el punto de referencia de todas las alabanzas hechas a Dios. No podemos concebir una perfecta alabanza a Dios que no la tenga como punto de referencia.

El caminar del espíritu humano

El espíritu humano camina hacia el conocimiento de *proche en proche*, de lo cercano a lo cercano, pero en este caminar, ¿qué es lo cercano de Aquel que es eterno, absoluto, perfecto, infinito, trascendente en relación con

cualquier criatura? Dios vive, de un modo muy especial, dentro de las criaturas que ama. Entonces, ¿cómo habita en Nuestra Señora, que es tan especialmente objeto de su amor?

En Ella tenemos un modo de acercarnos más a Dios. Aunque Él es inaccesible, está a nuestro alcance, porque habita en Nuestra Medianeira. Siendo el Palacio de la Trinidad, el Paraíso del Hombre-Dios, a través de Ella podemos tener con Dios ese contacto sin el cual no somos nada.

Por esta razón, para exaltar cualquier perfección divina, incluso su sagrada cólera, no podemos discutir sin hablar de María.

Quando un individuo peca y se aferra irreversiblemente al pecado, se vuelve odioso

¿Cómo medir la ira del Corazón Sapiencial e Inmaculado de María? ¿Cómo podemos siquiera imaginar al Sapiencial e Inmaculado Corazón de María en cólera? Parece que las expresiones son contradictorias, antitéticas. En ella no podría haber cólera, Ella es toda cristalina, toda hecha de suavidad, de pureza. La cólera parece una vibración de indignación, del amor propio contrariado, del egoísmo despreciado. ¿Cómo

puede uno concebir disposiciones de alma tan bajas en aquella que es toda elevación?

¿A quién y cómo Nuestra Señora odió? A menudo se dice que Ella odió el pecado. Es verdad. Pero el pecado sólo existe en la persona del pecador. No hay pecado en abstracto. Antes de que Adán y Eva pecaran, no había pecado, porque no había pecadores. Existía apenas la posibilidad de que alguien pecara. Así, uno podría odiar esa posibilidad, pero el odio no tendría como objeto un ser existente. Si Adán y Eva hubieran tenido ese odio al pecado, como una eventualidad, habrían encontrado más recursos de alma para no pecar.

María Santísima odia en todos los pecadores aquello que es pecado y ama a los pecadores, porque ama en ellos la posibilidad de que, por disposición divina, se arrepientan. Pero la situación actual del pecador, mientras permanece en el estado de pecado, Ella la odia.

¿Cómo lo odia? ¿Cómo podemos imaginar los odios del Sapiencial e Inmaculado Corazón de María?

Tengo la impresión de que con el pecado y con la virtud hay refinamientos. Algunos pecadores, por así decirlo, han llevado el pecado tan lejos como una criatura humana puede llevar la virtud. Y, al pie de la letra, pecaron todo lo que pudieron, es decir, lo que su condición les permite pecar. Al ser criaturas muy elevadas, tienen la posibilidad de pecar de un modo extremadamente abominable. Dice el refrán popular: cuanto mayor es la altura, mayor es la caída.

Así, hubo criaturas de una naturaleza muy alta llamadas por Dios para manifestar un magnífico reflejo de las tres Personas Divinas. En el momento en que pecaron y se aferraron irreversiblemente al pecado, estas criaturas se volvieron odiosas. Nuestra Señora al ser creada, y haber tomado conocimiento de estas criaturas y de la repugnancia del pecado

cometido por ellas, no tuvo en relación hacia ellas sino odio.

María Santísima tiene en cuenta que el pecador forma un sólo todo con el pecado, así como la persona virtuosa forma un sólo todo con la virtud. Es más o menos como la persona fea y la fealdad; así como la belleza constituye un todo con la persona bella. Tanto la belleza como la fealdad son inherentes al ser de la persona.

Así también el pecado, con la diferencia de que este es elegido libremente por el pecador; y en eso la persona tiene exactamente la nota más humillante, porque ella vio y adhirió a eso por su propia voluntad.

El odio es movido por el amor

Entonces, por el propio amor insondable que Nuestra Señora le tiene a Dios, es imposible que no odie completamente a ese individuo al verlo tan opuesto al Creador. Para cada pecador a quien la Justicia Divina selló su destino condenándolo al infierno, María Santísima puede decir las palabras de la Escritura: “¡Te odié con perfecto odio!” (cf. Sl 138, 22). Es un odio al que no le falta nada.

Este odio está hecho de una concepción muy recta y noble de cómo debe ser aquel ente, porque Nuestra Señora conoce la forma excepcional de como esa criatura debe ser imagen y semejanza de Dios, y ama mucho eso. Al ver que aquel ser rechaza esa perfección, transformándose voluntariamente en lo contrario, Ella percibe el refinamiento de maldad al que llegó y lo odia por completo, por amor a la misma perfección que Ella contempla en Dios.

Es forzoso que, amando mucho algo, se odie igualmente lo contrario. El odio y el amor se acompañan como la figura y la sombra.

Los pies puros de Nuestra Señora pisan con odio a los condenados

Podríamos imaginar a Nuestra Señora en la presencia de Dios y, ante ella, un alma que va a ser juzgada. Si fue una persona virtuosa, la mira con amor y le dice: “Hijo mío, ¡cómo te pareces a mí y a los dones que Dios puso en Mí! ¡Quiero besarte, hijo mío, dame tu frente!”

De repente, aparece el alma de un pecador empedernido, trayendo la señal del diablo en su frente. Evidentemente, toda esa fuerza de atracción se convierte en rechazo, y las palabras de afecto se convierten en increpación: “Yo desví de ti mi rostro, tengo horror ante el semblante que presentas, me causa asco e indignación. ¡Quiero pisar la fealdad que has adquirido por tu pecado, como aplasto la serpiente eternamente!”



Nuestra Señora cubre los dominicos con su manto - Convento de Santo Domingo, Lima, Perú



Se podría pintar un cuadro que represente a la Santísima Virgen pisando a cada uno de los réprobos que están en el infierno porque, en realidad, sobre ellos pesa eternamente su odio total e implacable. Y Ella tendrá como una más de sus glorias pisar a los condenados, Ella podría decirle a Dios: “¡Os hago este acto de reparación, mi Creador, que sois mi Padre, mi Hijo y mi Esposo! ¡Estos miserables querían lo contrario a Vos, por eso mi pie purísimo, elemento integrante y ejecutivo de la criatura más elevada que vuestra Sabiduría y vuestro Poder engendraron, los aplasta con odio, y entono el cántico de ira y triunfo de todos los justos en el Cielo y en la Tierra!”

Ella tuvo deseos de castigar a Salomón, que llevó a la perdición al pueblo elegido

De los muchos ejemplos que se podrían ofrecer, no hay ninguno que me cause tanto escalofrío como Salomón, el hijo muy querido, el rey que recibió de David la corona y la misión. David dejó listos los materiales y los planos para la construcción del Templo, pero fue Salomón quien tuvo la gloria de construirlo. Salomón, que es el autor del Libro de la Sabiduría, sin embargo, se prostituyó hasta el punto de adorar ídolos, se convirtió en un corrompido y murió en el libertinaje y la apostasía. ¿Cómo podría un alma caer así desde esa cumbre? ¡Este hombre, que escribió palabras dictadas por el Espíritu Santo para ser comunicadas a la humanidad, de repente se transforma en ese vaso de abominación!

Al leer en el Libro de la Sabiduría el relato de la construcción e inauguración del Templo, ¡de qué amor el alma santísima de María debería sentirse llena! ¡Fue un reflejo perfecto del amor de Dios y cuánta gloria debió darle!

Sin embargo, al considerar la narración de la caída de Salomón, ¿cómo no podría sentir un odio tan gran-

de cuanto el amor a Salomón en su justicia? ¿Cómo no sentir náuseas, asco, repulsa, deseo de rechazar y castigar a quien se ha convertido así en enemigo de Dios, llevando a la perdición al propio pueblo elegido?

Horror implacable a toda forma de pecado

Es conocido que hubo santos que, al escuchar en Confesión a los penitentes, sentían el mal olor de sus pecados.

Cuando el mal olor es fruto simplemente de la negligencia de la persona en cuidar su propio cuerpo, causa un rechazo particular. Nadie tiene la culpa del mal olor del cuerpo causado por alguna enfermedad, pero ser negligente y no tener horror por el mal olor de sí mismo significa una forma de connivencia que contagia el alma de alguna manera con ese mal olor físico.

Por ejemplo, una persona que por negligencia nunca se cepilla los dientes y, por lo tanto, tiene un aliento horrible. Ella sabe que, si se cepillara los dientes, el mal aliento cesaría, pero no se cepilla porque no tiene horror al mal sabor y al mal olor de su boca. Eso nos hace pensar que esta alma tiene connaturalidad con ciertos defectos morales, y quedamos con horror del cuerpo que lleva a un horror al alma, mientras esta no tenga aversión a lo que es horrible para el cuerpo.

Ahora bien, el pecador que podría y debería salir de su pecado, pero se queda en ese estado, tiene incomparablemente más culpa y está más adherido al hedor de su alma que al mal aliento de su boca.

Imaginemos a Nuestra Señora sintiendo el mal olor del alma de Salomón, por ejemplo, que Ella, *a posteriori*, habrá conocido enteramente. Salomón, cuyas palabras deberían tener el aroma del incienso cuando se quema, el aroma de las frutas cuando alcanzan la madurez, después de que su prevaricación quedó con el olor nauseabundo de todas las podredumbres.

Si esto es así, podemos entender, entonces, el horror implacable de Nuestra Señora a toda forma de pecado.

María Santísima conoce incluso lo que está oculto

Así también la Santísima Virgen, a quien nada permanecía oculto, al nacer conocía perfectamente la infamia en que había caído su nación en esos años. Ella sabía que el Mesías estaba por nacer en esos tiempos, pero veía el auge de degradación al que había llegado el pueblo judío. Nuestra Señora no podía dejar de ver, con mucha más lucidez que el profeta, esa visión de Ezequiel cuando fue llevado al interior del Templo y vio en sus recintos ocultos a los sacerdotes practicando la idolatría, pero ante el pueblo fingiendo adorar al Dios verdadero.

Ahora, María Santísima sabía que la clase sacerdotal se estaba preparando para caer en el abismo del deicidio, y que sería la promotora más activa de todas las calumnias contra Nuestro Señor. El Sanedrín era propiamente la fuerza decidida en Israel.

Debemos imaginar a la Virgen María niña entrando al servicio del Templo, a la edad de tres años, y presenciando esta realidad bivalente: la casa de Dios, donde la gloria de Él habita, los justos van a rezar, su Divino Hijo iría a enseñar, es decir, todo el Templo era una espera ansiosa del Mesías que vendría; y al mismo tiempo, Ella veía, junto al culto verdadero, el culto secreto, disfrazado, abominable, y la prevaricación de toda la clase sacerdotal.

Alguien objetará:

¡Pero ella solo tenía tres años!

Yo respondo:

Ella era Nuestra Señora...

No hay otra respuesta que dar. Ella ya lo sabía todo.

¡Con qué admiración ha penetrado en la casa de Dios! ¡Cuál no habrá sido el cántico de los ángeles al ver aproximarse aquella de quien nacería el Salvador y que era la nueva

Arca de la Alianza, de la cual el arca guardada en el Templo con tanto respeto era sólo una prefigura!

Reacción de las almas frente a la Virgen Niña

Podemos imaginar una u otra alma buena que estaba por allí, tal vez la Profetisa Ana, o el Profeta Simeón, y que, por misteriosas premoniciones, observando a aquella criatura dirían: “¡Qué gran llamado tiene esta niña!” Al verla pasar en el cortejo con las otras niñas educadas para el servicio del Templo, es posible que la hayan reconocido como una intercesora incomparable junto a Dios, y se hayan dirigido a Ella pidiendo favores celestiales. Y la futura Madre de Dios, por una de esas correspondencias internas del alma, daba a enten-

der: “Yo tengo consonancia contigo, tú eres uno conmigo”. ¡Y aquella alma se bañaba en alegría!

Probablemente algunos hicieron que sus vidas giraran en torno a Ella. Conociendo en las diversas ocasiones del día en donde estaba Nuestra Señora, miraban una habitación, por ejemplo, para ver si Ella aparecería en la ventana; o comprobaban qué recinto dejó la Niña para poder entrar allí poco después, y por este modo vivir en María, con María y por María, que era una forma anticipada de vivir en Cristo, con Cristo y por Cristo.

Por lo tanto, debería haber almas fervientes alrededor de la Santísima Virgen a quienes Ella estimulaba cada vez más hacia el bien, elevándolas a una cumbre de santidad para ellas inimaginable. A otros que eran buenos, pero viviendo en la mediocridad, Ella los invitaba a levantar el vuelo rumbo a la perfección que deberían lograr, pero que no alcanzaron. A cada uno de ellos su presencia les decía: “O me amas, o te estancas. ¡Ha llegado tu hora! ¡Ven, hija mía!”

Finalmente, también estaban los hijos de satanás, abominando cualquier forma de verdad, de bien o de belleza, y que al sentir su presencia, el demonio gruñía en su interior, se escondía, se agitaba, tenía miedo, sentía la necesidad de abandonar la presa y huir, pero armaba el alma de aquellos malditos contra Ella.

Tenía odio y fue odiada

Si un buen católico en el mundo de hoy produce división, ¿cómo no suponer que Nuestra Señora también dividió? No podía dejar de ha-

ber en el Templo, además de los amigos de la Virgen, los enemigos que desviaban de Ella la mirada y sentían malestar estando cerca, la odiaban y trataban de calumniarla o difamarla, intentaban de muchos modos serle nocivos, invocaban demonios para tentarla, para probarla, para que le negaran su comida, en fin, la saboteaban de todas las formas posibles. Excepto por una disposición especial de la Providencia, esto debió haber sido así. Y tanto las almas que estaban a su favor como las opuestas terminaron articulándose. Por lo tanto, Nuestra Señora, en el Templo, hizo la Contrarrevolución, opuesta a la Revolución que se estaba preparando contra su Hijo.

Estas son hipótesis que giran en torno a la Santísima Virgen María y nos hacen entender cuál fue su vida, el papel que jugó el odio desde su primera infancia.

Llevo más allá mis conjeturas: creo que Nuestra Señora, cuando estaba en el claustro materno de Santa Ana, ya causaba malestar en los que eran de satanás. El diablo, desde el momento en que María Santísima fue concebida, comenzó a perseguir a Santa Ana de una manera especial, surgieron antipatías, odios, así como veneraciones y simpatías, incluso antes de darse cuenta de que había concebido una criatura. De tal manera Nuestra Señora es lo opuesto al demonio, que tuvo que sentir la irradiación de su persona, y por ello instigaba contra Ella el odio de aquellos en quien él habitaba. Imposible que no fuera así.

Vemos, por lo tanto, que, desde el primer momento de su ser, Ella tenía odio y fue odiada. Esta comprensión y descompresión del odio y del amor representaron la propia trama de su existencia. ❖

(Continúa en el próximo número)

(Extraído de conferencia del 5/7/1980)

Flávio Lourenço



San Joaquín y Santa Ana - Museo de Arte Sacro, Évora, Portugal

Navidad de los guerreros de María



Frente al pesebre, debemos contemplar al Niño Jesús como un guerrero que entra en la lid para comenzar la guerra. En este momento en el que el combate se anuncia más trágico y, por lo tanto, más admirable que nunca, precisamos prestar toda forma de devoción de nuestras almas, desde las más extremas prudencias, a las más terribles esperas, hasta los avances más imprevistos y fulminantes. Nuestra combatividad está al servicio de la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana.

Hoy por la mañana fui al Cementerio de la Consolación. Por cierto, para mí, la fiesta de Navidad no sería completa sin algo que me recordase, tanto cuanto posible, la presencia de mamá. Por eso, visité el lugar que para mí se convirtió en “sagrado”, donde sus restos reposan a la espera del día de la resurrección.

Fragancia del perfume de Doña Lucilia cuando estaba en la Tierra

Nunca concebiría una Navidad sin ella. Me acuerdo de un año en el que me encontraba en París. Estábamos cerca de la fiesta de Navidad y yo te-

nía la cómoda posibilidad de hacerle una llamada telefónica, explicando que pasaría la Navidad allí. Tengo certeza de que me aconsejaría permanecer allí. Que sería muy agradable e interesante, y que podría distraerme bastante, ver cosas muy bonitas.

Pero, la sola idea de ella pasar la Navidad sola en San Pablo, era una cosa que me producía una tristeza a la que ninguna alegría de París se podía comparar. Y cuanto ella más insistiese en que me quedase allí, tanto más querría volver, y después de la última insistencia, colgaría el teléfono, iría a *Air France* y compraría el pasaje. Evidentemente, era algo natural, incluso ya antes de hablar con ella me

presenté, compré el pasaje y estaba en San Pablo la víspera de Navidad.

¿Qué podría ser la Navidad pasada en París?: Misa en *Notre Dame*, una visita a la *Sainte Chapelle*, *Rue du Bac*, *Notre Dame des Victoires*, y después ver algo París que en aquel tiempo aún era una ciudad de elegancia, de distinción y de gala; contemplar algo de eso que aún relucía sobre ese gran foco de toda especie de luces – algunas buenas – que fue la ciudad de París.

Sin embargo, yo pensaba: es una cosa increíble, pero ella para mí, vale incomparablemente más que eso, de manera que, en lo íntimo de mi alma, no tuve la mínima vacilación,

la mínima duda. ¡Estaba determinado a venir y vine realmente!

Hoy en día, con la evolución que las cosas tomaron, mamá ya está en el Cielo. Pero ella fue reclutando lentamente, a mi alrededor, aquellos que habrían de traerme el olor de la presencia de ella, que el desvelo de ella reunió a mi alrededor, y que, así reunidos, constituyen la fragancia de su perfume cuando estaba aquí en la Tierra.

Ella me dejó en una aparente soledad, pero hizo un tejido de afectos en torno de ella y mío, con los que nunca conté en mi vida. Y ella constituyó a mi alrededor aquello que mejor podría ser llamado como una luz de luna, después del espléndido día que fue su presencia. Ese largo, plateado y querido resplandor de luna espero que me acompañe hasta los últimos días de mi existencia.

El mayor combate trabado por meras criaturas en la Historia

De un modo o de otro, eso ha estado contenido en las palabras de afecto que me tributasteis con una frecuencia toda ella “luciliana”, pero hoy, eso fue reafirmado de un modo especial¹: el carácter combativo de mi alma. Como siendo el trazo dominante de la forma de perfección a la cual Nuestra Señora – misericordiosa, pero insistentemente – me llama.

Llevar el combate hasta el extremo límite donde debe ser llevado. No es solo combatir con todas las fuerzas, sino también tener la fuerza para combatir de todos los modos necesarios, de manera que no haya una forma de combatividad, aunque sea la grande, sombría y terrible combatividad de las retiradas estratégicas, en las que no me haya sido dado ¡combatir hasta el último aliento de mi alma!

Esto, remarcado en esta ocasión, viene en el momento en el que el combate se anuncia más trágico y, por lo tanto, más admirable que nunca. Un

combate tal que, si fuese alejado de nuestros pasos, podríamos sentirnos frustrados, de tal manera precisamos crecer hasta sus dimensiones, y él, a su vez, de tal manera debe crecer que sea el mayor combate de trabado por meras criaturas en la Historia, desde que el mundo es mundo. Un combate en el que los combatientes se acuerdan de la lucha de los Ángeles contra los demonios y piensan, reverentes, en el combate que Elías y Henoch van a trabar en el fin del mundo contra el Anticristo. Es alguna cosa de ese porte.

Tenemos la impresión de que las nubes se están acumulando, condensando; se oye el rugir de las fieras y el silbar de las serpientes, en un panorama aún aparentemente intacto y pacífico, de este pacífico discutible de una fortaleza que puede ser atacada a cualquier momento, y que, por eso mismo tiene combatientes apostados en todas las almenas, en toda la muralla y en lo alto de todas las torres. Estos son los días pacíficos que tenemos delante de nosotros. Si esto es paz, ivos bien podéis medir lo que será el combate!

Un varón luminoso lleno de reverencia y de patriarcal dignidad

En este combate, debemos dar toda forma de dedicación de nuestras

almas, desde las más extremas prudencias y las esperas más terribles, hasta los avances más inesperados y fulminantes, en los que ora tengamos las prudencias que incluso los nuestros consideren como las más desconcertantes, ora las osadías que les dejen boquiabiertos. Así es la combatividad al servicio de la Sabiduría; así es la Sabiduría al servicio de la Santa Fe Católica Apostólica Romana.

Esto es dicho en un día tan inadecuado, la Navidad, en la que la Cristiandad mira hacia lo que les presenta la Santa Iglesia, o sea, hacia el Niño Jesús, tan pacífico, el príncipe de la Paz que vino a traer la paz a esta Tierra y que, con los brazos abiertos, sonríe a la humanidad que comienza a llegar junto a Él. Y que en ese momento, recibe la sonrisa de lo que la humanidad tiene de más magnífico: la sonrisa llena de una pureza y de una luminosidad indecibles de Nuestra Señora. Y, enseguida, junto a Ella, un varón que de algún modo tuvo proporción para ser el padre legal del Niño Jesús.

Una vez que entre esposo y esposa precisa haber una cierta proporción, ¿cuál debe ser la estatura de un hombre para tener cierta proporción con Aquella que causa sorpresa a los propios Ángeles por su perfección, y de quien los espíritus celestia-



El Dr. Plinio visita la Sepultura de Doña Lucilia en 1984



Gabriel K.



Sagrada Familia – Lima Perú

les, mirándola, preguntan cantando: “¿quién es esta que avanza?!”

Nosotros también, mirando a un varón luminoso, lleno de reverencia y de patriarcal dignidad, que la toma por la mano y la acompaña, preguntamos: “¿Quién es este que avanza junto a Aquella a quien los propios Ángeles cantan?!”

Se acentúa tanto, y con razón, todo cuanto hay de bello y poético en los animales que llegan junto al Niño Jesús, y el contraste enorme entre Dios-Niño y aquellas criaturas irracionales que, con su aliento, llenan el ambiente y calientan a su Creador.

La luz, el perfume, el calor de la presencia de María

Sin embargo, antes de eso hubo el perfume de todos los perfumes, la belleza de todas las bellezas: la luz de los ojos, el perfume del aliento, el calor de la presencia de María. Y junto a Ella hubo la discreta, varonil y pa-

triarcal presencia de San José. ¿Qué más decir?

Se diría que esos recuerdos de guerra junto a esa escena que evoca la paz, muestran una contradicción fenomenal. Pero es solo porque ese cuadro ha sido contemplado, con cierta insistencia, por los hombres que no admiran la guerra y no saben ver dentro del propio paso que el Niño Jesús inicia, viniendo al mundo, su gran Guerra.

En general, el Niño Jesús es presentado en el pesebre sonriendo y con los brazos abiertos, los cuales no sólo significan la apertura de su amor hacia los hombres, en todos los tiempos y lugares. Sin duda, expresan eso y con toda propiedad, pero también significan la Cruz. Él está con los brazos abiertos en Cruz.

Y uno de los aspectos que hacen bonita la devoción de rezar con los brazos abiertos en cruz es pensar que el Niño Jesús, en el pesebre, probablemente abrió los brazos en cruz. Enseguida de ser concebido, Él comenzó a rezar inmediatamente al Padre Eterno. Salido

del claustro agosto de María y viendo la luz del día, Él entró en la Tierra e inmediatamente ofreció al Padre Eterno la gran lucha que iba a iniciar.

¡Batallador divino, pero pequeño, un Dios infinito, entre tanto encarnado en un Bebé que quiso quedar en la dependencia de todo y de todos, siendo Creador omnipotente del Cielo y de la Tierra y de todas las cosas visibles e invisibles.

Jesús viene a la Tierra para salvar a la nación elegida y, con ella, también la humanidad entera. La nación elegida debería ser un instrumento para que Él salvase a la humanidad. Pero Él sabe que sobre esa nación conseguirá el resultado que ya conocemos, y que la humanidad le seguirá incompletamente.

Aún así, viene a la Tierra y, contradiciendo las fuerzas opuestas del demonio, del mundo y de la carne, dice: “Ese resultado apenas parcial de una obra que sería natural que tuviese su resultado completo, Yo lo arranco del demonio y lo impongo. Realizo mi gloria con aquello que resolví arrancar. Sé que no conseguiré todo, si bien podría conseguirlo desde que Yo lo quisiese. Sé que santa y sapiencialmente no lo debo querer, y por arcanas razones, no lo quiero. Permitiré que el demonio me arranque una parte de aquello que Yo compre por un precio infinitamente precioso. Entre tanto, en revancha, triunfaré con la parte que no le permitiré tomar”.

Así, como un guerrero que entra en la lid para comenzar la guerra, ¡allí está el Niño Jesús en el pesebre!

Rey de reyes, Señor de señores

Más aún. ¿Habría algo más normal que Él, como Niño, por los lugares donde pasase ya comenzase a deslumbrar a todo el mundo, a operar milagros, a predicar, o a enseñar al género humano?

Sin embargo, se dio esta primera cosa desconcertante: ¡treinta años de



Luis Samuel

mutismo! Treinta años de vida privada, de una existencia oculta con Nuestra Señora y San José, en Nazaret. Imaginen si viviésemos en aquel tiempo y supiésemos que el Niño Jesús vino. Quedaríamos muy alegres y ¡ya haríamos planes para el día siguiente! Aún así, quizás Nuestra Señora nos mirase con pena, y enigmáticamente nos dijese, con aquella suavidad y majestad suya: “¡No! ¡Hijos míos, tendréis que esperar treinta años!”

Existieron almas que tuvieron luces proféticas a respecto de la vida del Mesías esperado. Esas almas, por el propio celo de la salvación, por amor a Él, deberían esperar que, habiendo llegado el Salvador, comenzase inmediatamente su obra de conquista. ¡No! Treinta años de silencio. ¡Es desconcertante!

¿Será que Simeón y la Profetisa Ana supieron eso? ¿Qué habrán pensado a ese respecto las almas cuyos corazones palpitaban en la espera del Salvador y que, en aquella noche bendita sintieron que la salvación había llegado? Muchas de esas personas tal vez esperasen ver

su gloria y su victoria, y fueron convidadas a morir en paz, sin comprender lo que había sucedido. Es terrible, pero Él comenzaba por llevar al extremo de la santidad, por los misterios de la espera y de la confianza en Él, a aquellos que le habían esperado. Así, la lucha se iniciaba dentro de la casa de aquellos que eran suyos, para que lo fuesen aún más.

¡San José murió sin haber visto irradiarse sobre Israel la gloria del Hijo de Dios! No obstante murió en paz. Él es el patrono de la buena muerte. Con absoluta certeza, falleció asistido por el Niño Jesús y por Nuestra Señora. No se puede morir mejor, ¡es el arquetipo de la buena muerte! ¿Será posible que a veces, San José no se preguntase?: “¿Pero el *Rex regum, Dominus dominantium* es ese Niño, que por un lado es divino, que vino a jugar con otros niños, no atrae a nadie? Transcurrió un día más y el milagro no sucedió. O, peor aún, hizo milagros y ellos no se importaron. ¿Qué va a suceder? No lo sé. ¡Sé que el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros! Un misterio más en mi vida. ¡Adoro el misterio y camino hacia las sombras de la muerte, y después hacia el Limbo, feliz porque mis ojos, antes de cerrarse, vieron al Esperado de las naciones! Y porque las oraciones de Aquella que el Divino Espíritu Santo quiso darme por esposa no me dejaron abandonado un solo momento, voy a avanzar con confianza!”

Es así como el Niño Jesús causó una angustia a Nuestra Señora y a San José con ocasión de una peregrinación a Jerusalén, en la que se separó de la Sagrada Familia, que después lo encontró en el Templo, ¿No será que Él habrá querido causar santas perplejidades a San José, en favor de todos aquellos que habrían de tener dificultad en comprender las santas esperas de aquello que es verdaderamente grande? Bien se puede comprender.

Y San José ¿no habrá trabado allí el último combate de su vida? Son hipótesis, mas cuan posibles, verosí-

miles, por lo tanto, cuanto debemos contar con ellas para ilustrar un poco nuestra inteligencia a respecto de algunos aspectos de la Sagrada Familia.

Nuestro Señor acrisola a los que son suyos, trabando un combate dentro de cada uno

Nuestro Señor Jesucristo entra en la vida pública. Al final, ¡gloria! El pueblo afluye junto de Él, ¡Alegría! Las almas que querían presenciar el triunfo del Rey de reyes y Señor de señores exclaman: “¡Llegó!” Los Apóstoles dijeron: “¡Llegó!” Hecho aún más extraordinario: la parentela comienza a adherir.

Sin embargo, en el momento en el que contemplando el primer año de la vida pública y frotándose las manos, se diría: ¿Cómo será el segundo año? ¿Cómo será el tercero? ¡Ya me voy preparando para participar de esos triunfos! ¡Oh, qué cosa magnífica!”, *tenebre factae sunt* – se forman las tinieblas. La luz del Sol comienza a dejar aparecer fallas, un velo se pone delante de los ojos, perplejidades...

Jesús adquirió una belleza de oca-so que se suma a la de mediodía. En el rechazo, en el aislamiento, en el desafío, en la amenaza, Él va cambiando de colorido, de esplendor. No obstante, se diría que Nuestro Señor abandonó la propia causa por la cual tanto lucha. Está haciendo todo para que esa causa gane, pero por un acto de su voluntad omnipotente podría mandar que las cosas transcurriesen de otra manera. No, se esfuerza, hace milagros, pero no impone a los impíos que se curven delante del milagro que no reconocen.

Entonces, ¿Se habrá abandonado a sí mismo? Alguno podría ponerse el siguiente problema: “Yo, que estaba con mi entusiasmo por Él, llevado hasta el último punto, ¿tendré que pasar por ese extremo desconcierto de tener de tener la impresión de que Él no se defiende a sí mismo?”

¿Y mi esperanza en la victoria, adónde fue a parar?”





Nuestro Señor Jesucristo estaba el tiempo entero trabando, dentro del corazón de cada Apóstol, de cada justo, esa batalla de acrisolar a los buenos para que pasasen por esas probaciones y fuesen fieles en ellas.

Podemos imaginar, a título de hipótesis, cuáles serían las reflexiones de los Apóstoles en el Huerto de los Olivos.

Supongamos que, en función de lo que Nuestro Señor dijera en la Santa Cena, algunos de ellos hubiesen llegado a deducir que Judas era el traidor. Ahora bien, ellos habían visto al Divino Maestro dar pruebas de afecto a Judas y, quizás, alguno de ellos pensó: “Cuando Judas robaba, el Maestro debería haberlo expulsado. ¡Dejó aquí a ese hombre, y dio en lo que yo preveía! Pero Él podía impedirlo. ¿Por qué no manda a un Ángel matar a Judas? Él, que tiene el poder tan divino de resucitar, no podría matar?”

Quién sabe si, en el primer periodo en que Jesús sudaba sangre en el Huerto de los Olivos, los Apóstoles estaban esperando ansiosos y diciendo: “Él mata a Judas en cualquier mo-

mento. Por un acto de su Voluntad, un Ángel elimina al traidor. Baja fuego del Cielo y lo liquida. En cualquier momento llega alguien contándonos que Judas fue destrozado por un rayo y nosotros nos levantamos alegres, hacemos una procesión y una fiesta”.

Pero concluyen: “No... no hay la mínima esperanza. El Maestro no va a hacer eso. Previó la entrega y está sudando sangre por miedo de eso. ¡Se tambalea y nos pide que vayamos junto a Él a fin de consolarlo! Si es de nosotros que Él depende, Oh, está todo perdido”.

Evidentemente, son hipótesis. Pero cuando pensamos en ellas, parecen estar presentes en un drama moral que se deja entrever.

Nuestro Señor no cede y continua su conducta hasta el final. Se deja entregar. ¡Y cuando San Pedro corta la oreja de Malco, Él aún cura la oreja del criado y manda a San Pedro poner de nuevo la espada en la vaina!

No se nota que Jesús está acrisolando a los suyos y trabando un combate dentro de cada uno. Ese era uno de los muchos aspectos de la batalla que no acabaría más.

Venciendo nuestra batalla interna, Nuestra Señora nos dará la victoria externa

Nuestro Señor redime al género humano, resucita a dos muertos, sube a los Cielos y la Iglesia comienza una gran guerra en la que pasa por dramas tan grandes que, en determinados momentos, ella misma nos da una impresión parecida a esa. Y nos es



San Luis socorre a víctimas de la peste en Túnez, durante su última Cruzada Catedral de La Rochelle, Francia

Filavio Lourenço



Gabriel K

cesaria para que seamos combativos todo el tiempo, pues eso es necesario a fin de que todo el resto de la gesta y de la epopeya se realice.

¿Por qué los Cruzados no vencieron? Las armaduras eran muy buenas, los transportes marítimos, según las condiciones del tiempo, también eran buenos, la capacidad de combate era grande, el espíritu caballeresco era admirable. Faltó, interiormente, lo que era necesario para ganar.

La Cruzada de la Reconquista española y portuguesa tardó novecientos años – cuando habría podido durar mucho menos –, a causa de desfallecimientos entre momentos de integridad y molicie. Si esos momentos no hubiesen existido, ¡cuánta cosa habría sucedido de forma diferente, más magnífica y conforme a la gloria de Nuestra Señora! Para decirlo todo de una vez, si la cruzada hispano-lusa hubiese sido hecha en un solo lance, no pararía en las orlas del Atlántico, sino que habría transpuesto y entrado con victoria en África. Así, la presencia mahometana en el Mediterráneo habría sido diferente y, con eso, la Historia de Europa sería otra. Y cuando América fuese descubierta, el Mediterráneo sería un mar enteramente cristiano.

Debemos procurar hacer para Nuestra Señora en esa Cruzada que viene, lo que busqué hacer con mamá. Yo pensé: “¡Qué pocos son los hijos que aman enteramente a sus madres!” Voy a realizar esa obra prima interior de quererla y de ser tan bueno con ella cuanto ella lo fue conmigo”.

Con Nuestra Señora no se puede hacer propiamente así. ¿Quién puede ser bueno con Ella como Ella lo es para nosotros? Pero si fuésemos los guerreros a favor de Ella, como Ella se desvela y lucha por nosotros; si trabásemos nuestra batalla dentro de nosotros mismos para amarla, con un amor que tenga la proporción adecuada en relación al amor desproporcionado que Ella nos tiene, ahí tendremos la

más gloriosa de las Cruzadas, en línea recta, atravesando los pantanales de las esperas, de lo inesperado, de las celadas, de las deserciones y cayendo, en línea recta, al suelo firme del campo de batalla, sobre el adversario, y pos-trándolo por tierra.

Venzamos nuestra batalla interna y la Santísima Virgen nos dará la victoria externa. ¡Esa es la meditación de Navidad de los guerreros de María! Pidamos al Divino Niño Jesús,

por medio de Ella y de San José, las gracias necesarias para corresponder a ese ideal. ❖

(Extraído de conferencia del 25/12/1982)

1) El Dr. Plinio se refiere a las palabras de saludo a él dirigidas por jóvenes discípulos, en las cuales le proponían el tema a ser tratado en la conferencia.



Virgen del Rosario de Lepanto – Iglesia de Santo Domingo, Granada, España



SANTORAL

Gabriel K.



San Dionisio

1. Beata Clara del Niño Jesús, virgen († 1889). Deseosa de evangelizar, fundó la Congregación de las Hermanas Hospitalarias de la Inmaculada Concepción, en Lisboa, Portugal.

2. San Silverio, Papa y mártir († 537). Por no querer restablecer al obispo herético Antimo en la Sede de Constantinopla, fue enviado por la emperatriz Teodora a la isla de Palmarola, Italia, donde falleció. *Ver página 2*

3. San Francisco Javier, presbítero († 1552).

4. San Juan Damasceno, presbítero y doctor de la Iglesia († 749).

San Bernardo de Parma, obispo († 1133). Como monje buscó la perfección de vida; como Cardenal, el bien de la Iglesia; y como obispo, la salvación de las almas de su diócesis de Parma, Italia.

5. II Domingo de Adviento.

Beato Nicolás Steensen, obispo († 1683). Polímata, médico y anatomista danés de origen luterano, convertido al catolicismo. Murió en Schwerin, Alemania, siendo Vicario Apostólico para el norte de Europa.

6. San Nicolás, obispo († S. IV).

San José Nguyen Duy Khang, mártir († 1861). Catequista capturado en la persecución del emperador Tu Duc. Fue flagelado, encarcelado y degollado en Hai Doung, Vietnam.

7. San Ambrosio, obispo y doctor de la Iglesia († 397).

Santa María Josefa Rosello, virgen († 1880). Fundadora del Instituto de Hijas de Nuestra Señora de la Misericordia, en Savona, Italia.

8. Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María.

San Teobaldo de Marliaco, abad († 1247). Abad del Monasterio Cisterciense de Vaux de Cernay, Francia, alcanzó la fama de santidad aún en vida.

9. San Juan Diego Cuauhtlatoatzin, laico (†1548).

San Pedro Fourier, presbítero († 1640). Escogió para ejercer su ministerio la paupérrima parroquia de Mattaincourt, Francia, y fundó el Instituto de las Canónigas Regulares de Nuestra Señora.

10. Beato Marco Antonio Durando, presbítero, († 1880). Religioso de la Congregación de la Misiones y fundador de las Hermanas de Jesús Nazareno, en Turín Italia.

11. San Dámaso I, Papa († 384).

San Daniel Estilita, presbítero († 493). Después de vivir en un monasterio, siguió el ejemplo de San Simeón y permaneció durante 33 años en lo alto de una columna hasta su muerte, en Constantinopla, Turquía.

12. III Domingo de Adviento, Gaudete.

Nuestra Señora de Guadalupe, Patrona de América Latina.

Beato Bartolo Bounpedoni, presbítero († 1300). Alcanzado por el mal de Hansen a los 60 años, se retiró a un leprosario en Cellole, Italia, donde brindó asistencia a los enfermos allí encerrados.

13. Santa Lucía, virgen y mártir. (†c. 304/305).

Beata María Magdalena de la Pasión, virgen († 1921). Fundadora de la Congregación de las Hermanas Compañionistas Siervas de María, en Castellammare di Stabia, Italia.

14. San Juan de la Cruz, presbítero y doctor de la Iglesia († 1591).

15. Santa Virginia Centurione Bracelli, viuda (†1651). Dedicada al servicio de Dios, socorrió a los pobres, ayudó a las iglesias rurales y fundó y dirigió la obra de las Hermanas de



Gabriel K.

San Pedro Fourier

* DICIEMBRE *

Nuestra Señora del Refugio del Monte Calvario en Génova, Italia.

16. San Everardo, confesor († 867). Duque de Friuli e importante figura del Sacro Imperio, fundó el monasterio de Canónigos Regulares de San Calixto en Cysoing, Francia, donde fue sepultado después de su muerte.

17. Beata Matilde del Sagrado Corazón de Jesús, virgen (†1902). Viendo la imagen de Cristo en el prójimo, fundó



Beato Gregorio Khomysyn

la Congregación de las Hijas de María, Madre de la Iglesia, en el pueblo Don Benito, cercano a Badajoz, España.

18. San Graciano de Tours, obispo († S. III). Primer Obispo de Tours, Francia, que según la tradición, fue enviado de Roma a esta ciudad, donde se encuentra sepultado.

19. IV Domingo de Adviento.

Beatas María Eva de la Providencia y María Marta de Jesús, vírgenes y mártires († 1942). Religiosas de la Congregación de las Hermanas de las Inmaculada Concepción, que durante

la Guerra en Polonia, fueron fusiladas en Slónim

20. Santo Domingo de Silos, abad (†1073). Después haber sido eremita, restauró el monasterio de Silos, España, que se encontraba casi en ruinas, restableciendo en él la observancia y la práctica de la alabanza divina.

21. San Pedro Canisio, presbítero y Doctor de la Iglesia (†1597).

22. San Isquirón, mártir (†c. 250). A pesar de los oprobios e injurias, rechazó sacrificar a los ídolos y murió en Egipto, atravesado por una estaca puntiaguda.

23. San Juan Cancio, presbítero († 1473).

San Ivo, obispo († 1116). Restableció el orden entre los canónigos y con sus acciones y escritos promovió la concordia entre el clero y los poderes civiles, para beneficio de la Iglesia, en Chartres, Francia.

24. Santa Irmina, abadesa (†c. 710). Después de quedarse viuda, se consagró a Dios y se convirtió en benefactora de San Wilibrordo. Fundó y dirigió el monasterio de Öhren, Alemania.

25. Natividad de Nuestro Señor Jesucristo.

Beato Miguel Nakashima, religioso y mártir († 1628). Catequista jesuita, que por su fe en Cristo, fue sumergido en agua hirviendo, en Unzen, Japón.

26. Fiesta de la Sagrada Familia de Jesús, María y José.

San Dionisio, Papa († 268). Después de la persecución del emperador Valeriano, consoló con sus cartas y su presencia a los hermanos afligidos, rescató a los cautivos de de los suplicios y enseñó a los ignorantes los fundamentos de la Fe.

27. San Juan, Apóstol y Evangelista. *Ver página 26.*



San Juan Damasceno

Beato Francisco Spoto, presbítero († 1964). Sacerdote de la Congregación de los Misioneros Siervos de los Pobres, asesinado por guerrilleros Simba cuando era misionero en Biringi, Congo.

28. Santos Inocentes, mártires (†S. I).

Beato Gregorio Khomysyn, obispo y mártir († 1945). Obispo Ivano-Frankivsk, que durante el tiempo de persecución fue martirizado en Kiev, Ucrania.

29. Sagrada Familia

Santo Tomás Becket, Obispo y mártir. († 1170).

San Gerardo Cagnoli, religioso († 1342). Franciscano dotado de dones taumatúrgicos, que manifestó curando a los enfermos, en Palermo, Italia.

30. San Lorenzo de Frazzanó, monje (†c. 1162). Monge según la observancia de los Padres Orientales, insigne por la austeridad de la vida de vida e incansable en la predicación, en la isla de Sicilia.

31. San Silvestre, Papa († 335).



Altísimo y grandioso mirador

La meditación hecha por San Vicente Ferrer sobre el Apóstol Virgen nos sitúa en un mirador altísimo y grandioso, a partir del cual percibimos las civilizaciones que se desmoronaron hechas ruinas, debido a la inmoralidad y a la rebeldía; vemos el castigo que cae sobre el mundo de una forma tan trágica, porque abandonó a Dios.

El día 27 de diciembre la Iglesia conmemora la fiesta de San Juan Evangelista. Vamos a comentar algunas cosas sobre él, sacadas de los sermones de San Vicente Ferrer¹.

Corona real con cuatro grandes flores

En el libro de Ester, cap. VI, hay una bella lectura.

El gran Rey Asuero, Emperador, preguntó una vez a un consejero suyo, hombre muy sutil: “¿Qué

se debe hacer con alguien a quien el rey quiere honrar?” Después de haber reflexionado un poco, el consejero respondió: “Para honrar a quien el rey desea honrar, debe vestirlo con túnicas reales, montarlo en un caballo del establo real, y ceñir su frente con una corona regia, y que el primero de los príncipes del rey tome las riendas de su caballo y, paseando por la plaza del pueblo, vaya predicando en frente de todos. Así debe hacerse con quien el rey quiera honrar.”

El Señor Jesucristo, Rey poderosísimo, hizo estas cosas con magnificencia en la persona de San Juan Evangelista.

La corona que ciñó Jesucristo Hombre en el momento de su concep-

El Dr. Plinio junto a las murallas de Ávila, España, el 23/10/1981

ción, fue la Sabiduría perfecta. Porque la Sabiduría reside en la cabeza como una corona.

La corona de Cristo tuvo cuatro remates en flor como suelen tener las coronas reales. Adelante, la ciencia de la Trinidad; detrás, la ciencia de todas las criaturas, de todas las cosas preteritas y futuras, y de todos los pensamientos de los corazones; a la derecha, tuvo el conocimiento de la gloria del Paraíso y de los predestinados; a la izquierda, tuvo conocimiento de las penas infernales y de los que están condenados al infierno, así como la causa de su condena.

San Juan Evangelista fue coronado con esta misma corona de Sabiduría. Así fue coronado en la noche de la Pasión más que todos los demás Apóstoles. Reclinado en el Corazón del Maestro, recibió esto como un espléndido regalo.

Por eso la Iglesia dice de él en su oficio: “Bebió el agua pura del Evangelio del manantial sagrado del pecho del Señor”.

En aquel instante se le impuso la corona real con sus cuatro remates: el conocimiento de Dios por el cual Juan compuso el Evangelio; el conocimiento de todas las criaturas gloriosas y predestinadas, con el que escribió su primera Epístola Canónica; el conocimiento de los condenados, y por él compuso su segundo y tercero epistolario. Por tanto, de él podemos decir: “Corona de oro sobre su cabeza, grabada con el signo de la santidad”.

La corona de oro es, según la Teología de la Biblia, el escrito de los doctores grabado con señal de santidad. Porque la corona de la Sabiduría que es la Teología no tiene fuerza si no está marcada con el signo de la santidad que es la vida digna. San Juan Evangelista lo manifestó en el más alto grado.

El conocimiento de Dios y De todas las cosas creadas

Es un comentario realmente hermoso, a la altura de San Vicente Ferrer. Él toma como punto de partida un trecho típicamente oriental del Libro de Ester.

El rey pregunta al consejero cómo actuar con alguien al que el monarca quiere honrar. Entonces el consejero, después de pensar, dice:

“Lo mejor es vestir a este hombre con trajes reales, ceñirlo con una corona regia. Después montarlo en un caballo de la caballería real. Hacer que una de las



San Juan Evangelista



São Vicente Ferrer

San Vicente Ferrer extrae de las Escrituras un sentido profético sobre San Juan Evangelista



Flávio Lourenço



La Santa Cena – Museo Unterlinden, Colmar, Francia

figuras principales de la corte del rey tome su caballo por las riendas y camine por en medio de la calle, diciendo a toda la gente: ‘¡Aquí está el hombre a quien el Rey quiso honrar!’”

Entonces, como todos los pasajes de la Sagrada Escritura tienen un significado teológico, místico, aquí San Vicente Ferrer extrae un significado profético con respecto a San Juan Evangelista.

En otras palabras, San Juan fue uno de los predilectos de Nuestro Señor Jesucristo, y como tal un hombre a quien el Redentor quiso honrar a los ojos de todos, ciñéndolo con la corona del propio Cristo. ¿Cuál?

Centrémonos en esto porque es una enseñanza hermosa para nosotros.

Es la corona de la Sabiduría. Nuestro Señor recibió esta corona, dice San Vicente Ferrer, en el mismo momento en que nació pues Él gozaba de las formas más profundas de la Sabiduría.

Básicamente, esta Sabiduría es el conocimiento de todas las cosas creadas y, sobre todo, el conocimiento de Dios. Entonces, la corona tenía de-

lante un remate en flor que era el conocimiento de Dios. Otro que era el conocimiento de todos los corazones de los hombres, de tal manera que conoció a toda la humanidad presente. Luego hubo un tercer remate en flor que le dio a conocer a toda la humanidad en el Cielo, a toda la Iglesia gloriosa y a todos los espíritus bienaventurados. Y un cuarto remate en flor, es decir otro atributo, otra fuerza

de Sabiduría por la que conoció a todas las almas que están en el Infierno, y las causas de sus condenas”.

Visión sapiencial de la Revolución y de la Contra-Revolución

Vamos a reunir esos conocimientos, trabajemos un poco sobre este hermoso pensamiento de San Vicente Ferrer, y veamos hasta dónde lleva.

Conocer a todas las almas que están en la tierra, no es sólo conocerlas individualmente, alma por alma, sino también a la sociedad humana, a esas almas en cuanto influyéndose las unas a las otras. Por lo tanto, la opinión pública, la ondulación de las grandes corrientes de pensamiento sobre todas las cosas importantes y, sobre todo, acerca de Dios Nuestro Señor. Es el conocimiento más profundo que se pueda imaginar de la Iglesia Católica, constituida de hombres y, por tanto, en su estado actual, puede y debe ser conocida exactamente como Ella es en los hombres que existen en Ella, en los efectos de la gracia y del pecado en esos hombres.

En cuanto que constituyen una gran sociedad de almas.

San Juan Evangelista tenía el conocimiento del pasado, del presente



Napoleón Bonaparte liderando sus tropas sobre el Puente Arcole

Horace Vernet (CC3.0)

y del futuro, no como tres piezas aisladas, sin ninguna conexión entre sí.

Es evidente que conocía el pasado como fuente de la cual se puede definir el presente; y el presente en cuanto fuente de la cual se puede definir el futuro, incluso el más remoto, hasta el fin de los siglos.

Él conocía todo el proceso histórico, la concatenación de los acontecimientos, de las corrientes ideológicas, religiosas, filosóficas, políticas, artísticas, culturales, de la interpenetración de esas corrientes, del modo por el cual ellas gobiernan a los hombres, del proceso por el cual ellas nacen unas de las otras, en virtud del juego de las circunstancias, de las gracias y de las tentaciones; todo en función del libre albedrío humano: él lo conocía en una visión sapiencial y grandiosa.

Conocía, entre otras cosas, el proceso en nuestros días de la Revolución y la Contrarrevolución. Él veía en el futuro las figuras malditas del

Renacimiento, del protestantismo, de la Revolución Francesa y del Comunismo. También veía con claridad a las almas benditas preparadas por San Luis Grignon de Montfort cuya predicación fue una especie de lucha ideológica ancestral de la Chouan-

nerie²; veía las almas de la Contrarreforma, así como las almas de los movimientos contrarrevolucionarios posteriores; contempló nuestras almas y las almas que nos sucederán en una lucha hasta el fin del mundo; vio a Elías, a Enoc y todo lo demás.

Contacto con el verdadero universo de bellezas espirituales: María Santísima

Por lo tanto, el conocimiento que él tuvo de la Historia era completo, no sólo en cuanto a que ella se lleva a cabo en la faz de la Tierra, sino también en sus puntos terminales. Él vio la Iglesia gloriosa, donde se encuentran todos los que ya han sido juzgados y disfrutan de la visión bea-

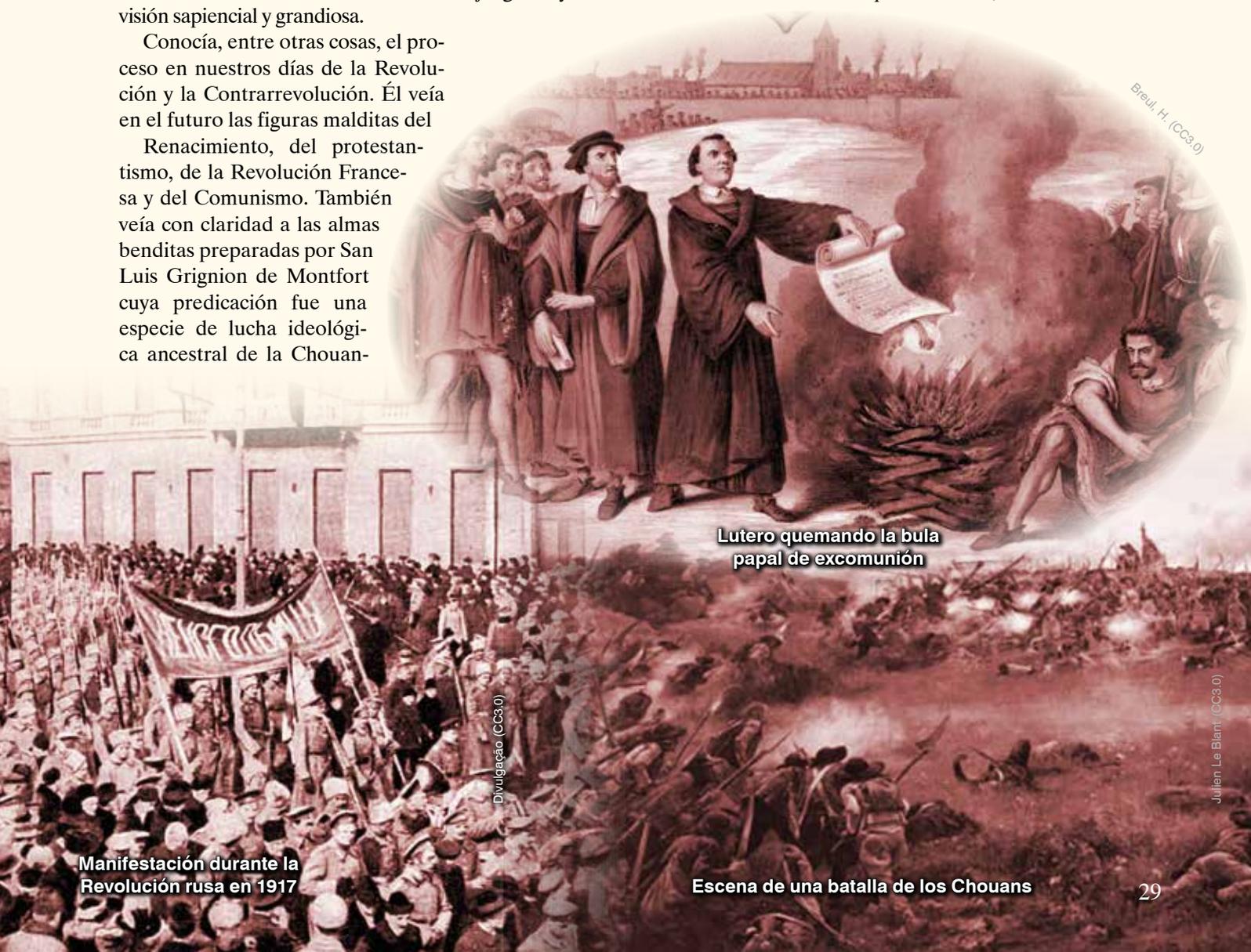
tífica. También vio a todos los que están en el infierno.

San Vicente Ferrer dice que San Juan vio en el infierno no solo a los que allí se encuentran, sino el por qué están allí. Eso significa que cuando contempló a los del cielo, también vio por qué están allí. Vio la Sabiduría,

la Justicia y Misericordia de Dios ejerciéndose en el juicio de los hombres.

Pudo ver, así, cómo los grandes movimientos de la historia llevan a los hombres al cielo o al Infierno. Por lo tanto, tuvo un conocimiento profundo de la Historia de la humanidad.

Podemos preguntarnos: ¿de qué sirve conocer la historia de la humanidad? ¿Qué nos importa saber esto o cualquier otra cosa, a no ser en función



Lutero quemando la bula papal de excomunión

Manifestación durante la Revolución rusa en 1917

Escena de una batalla de los Chouans



de Dios nuestro Señor? Todo este conocimiento sapiencial le fue dado como un medio para elevarse a Nuestro Señor, a través de la consideración de la Historia de lo que les sucede a los hombres, que son la obra prima de la Creación visible. Elevarse a Nuestro Señor.

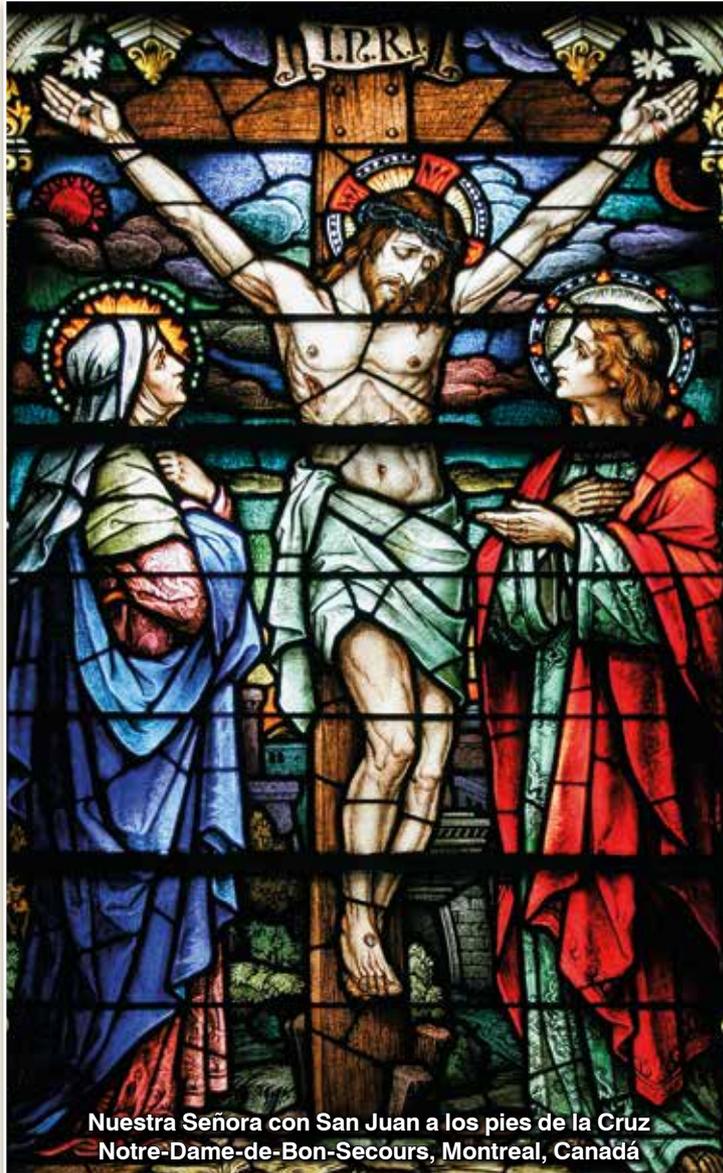
Entonces, el primer remate en flor es el conocimiento de Dios. Los otros son remates colaterales; cuán vastos, inmensos, ricos... ¡no hay palabra humana que pueda decirlo! pero meramente colaterales. En este conocimiento de los hombres San Juan Evangelista conoció a Nuestra Señora, y podemos imaginarnos con qué encantos, maravillamientos, veneraciones, a través de este verdadero universo de bellezas espirituales que es María santísima.

Supra summum de la sabiduría

¿Cuál es la aplicación de todo esto para nosotros? Debemos comprender bien lo que es la verdadera sabiduría. Hay tanta gente ahí fuera que cuando se habla que las criaturas reflejan a Dios, van a pensar en la florecita, la hierbita, la gramita o, entonces, en la montaña, en el águila, pero no piensan en el hombre, que siendo racional y teniendo alma está hecho a imagen y semejanza de Dios.

Conocer al hombre es conocer no ésta o aquella alma individual, sino el contexto general de las relaciones entre las almas. Así como cuando Dios creó el universo y luego descansó; el

Francisco Barros



Nuestra Señora con San Juan a los pies de la Cruz
Notre-Dame-de-Bon-Secours, Montreal, Canadá

Génesis dice que Él consideró que todo era bueno, pero que el conjunto era óptimo. De igual manera, cuando miramos a los hombres podemos quedar fascinados por la belleza de un alma, pero el conjunto de ellas es más bonito. Un santo es un sol de belleza, pero la Iglesia Católica, Apostólica y Romana, que es el conjunto de todos los santos, es más bella que la pura suma aritmética de todos sus santos.

El conjunto de las almas humanas, sus movimientos, sus interrelaciones, la sociedad de las almas, las leyes de la Historia que se verifican en estas, cuya perfección es el resultado de

las propias perfecciones de Dios, en cuanto sirviendo para juzgar a los hombres, todo esto, es el compendio de la sabiduría y, por lo tanto, del conocimiento de Dios.

Lirio que florece en la noche, del lodo y bajo la tempestad

Así, percibimos cuánto fundamento hay en el hecho de insistir que la vida espiritual sea hecha con esta riqueza, al intentar utilizar, por ejemplo, la temática “Revolución y contrarrevolución” como alimento para la vida espiritual.

Nuestras reuniones son la aplicación de principios de la historia, con un fundamento metafísico y teológico, a los acontecimientos presentes para situarnos en una especie de mirador, desde donde vemos estos acontecimientos y nuestra propia vida individual. Mirador muy

alto desde donde percibimos todos los siglos de civilizaciones anteriores que colapsaron en una especie de majestuosa y grandiosa catástrofe, y se hicieron añicos en pedazos inmundos de inmoralidad y rebeldía.

Castigo espectacular de un gran mundo que cae tan alto y tan trágicamente porque abandonó a Dios. Vemos la grandeza de este castigo de naciones enteras que se liquidan, se funden y pierden su espíritu, que viven entre las ruinas de su propio pasado sin comprenderlo.

En esta licuefacción de toda la humanidad para formar una sola ma-

sa animalizada y tendiente a la barbarie, vemos algo mucho más elevado: la realización de un designio superior de Dios, en las inmensidades del castigo se ve la inmensidad del pecado; pero por la inmensidad del pecado se percibe la inmensidad y el poder de Aquél que fue ofendido. Ésta es una visión que habría emocionado a cualquier profeta.

Por otro lado, notamos que cuando todo esto cae y se rompe en medio de toda la inmundicia, de aquí y de allí salta una perla, un brillante, un rubí... Son las gracias de la Contrarrevolución que se le han dado a éste y a aquél. Es una racha adamantina que forma y revela la presencia de las mejores cualidades de la humanidad en sus mejores tiempos. Es el Reino de María que comenzó su fuerza de regeneración en el interior de este horror, como un sol que va naciendo en medio de las tinieblas más trágicas de una madrugada sucia, o como un lirio floreciente en la noche, del lodo y bajo la tempestad. Este lirio es el conjunto de las almas contrarrevolucionarias existentes por el mundo, que complacen a Nuestra Señora y pronostican el día de mañana.

Momento trágico y sublime en que Nuestra Señora quiso que naciésemos

Esta no es una meditación nueva, que escapa a las normas clásicas de la Iglesia. Estamos viendo aquí una meditación de San Vicente Ferrer realizada exactamente de acuerdo con esas normas. Ahora bien, él fue un gran profeta que previó una porción de cosas del futuro, grandísimo misionero, una de

las más grandes figuras que ha producido la Iglesia Católica.

A veces, cuando tenemos dificultades en la vida espiritual, y no nos levantamos del fondo de nuestros propios defectos, es porque no nos aplicamos a las meditaciones propias que alimentan nuestro amor a Dios, según nuestra vocación. Nuestra Señora preparó para nosotros no solo los tesoros que están al alcance de todos los católicos, sino también de otros que son gemas de las mejores que hay dentro de las arcas inagotables de la Doctrina Católica. Esos tesoros son estas meditaciones hechas desde un mirador magnífico y grandioso. Es la consideración de nuestra época, de nuestras actividades personales, de nuestra lucha externa e interna, según el momento trágico y sublime en el que Nuestra Señora quería que naciéramos.

Así que aquí hay una sugerencia que sirve de aliento y pórtico de esperanza para las almas eventualmente afligidas y desconcertadas. Y para las almas esperanzadas que quieren progresar aún más; aquí hay un medio para vuelos mayores: colocarnos en ese mirador que es el más adecuado para medita-

ciones de hombres en la época contemporánea. Vemos cómo Dios habla con la voz del trueno, pero teniendo una sonrisa – no diré paterna sino materna – hacia ese lirio que Él va haciendo nacer del lodo. Es Dios en toda su grandeza, en toda su dulzura, hablando en nuestro tiempo para santificarnos.

Que Nuestra Señora dé vida y fuerza a estas palabras para que, realmente integrados en los puntos de vista desde donde nuestra vocación es comprensible, y dotados de energías espirituales que brotan de esta forma de fidelidad, podamos subir hasta las alturas a las que la Santísima Virgen nos quiere llevar. ❖

(Extraído de conferencia del 27/12/1969)

- 1) No disponemos de los datos bibliográficos de la obra citada.
- 2) Movimiento contra revolucionario surgido en la Bretaña a raíz del descontento de la población rural ante las medidas religiosas y políticas de la Revolución Francesa, en especial, la creación de una “iglesia” constitucional y la venta de los bienes de la Iglesia.



El Dr. Plinio visita el Castillo de Chambord, Francia, el 14/10/88

Deseo de lo paradisiáco

En el alma de un niño inocente duerme un deseo de lo paradisiáco que despierta cuando ve algo maravilloso, como un árbol de navidad. Es una especie de sentido virginal de una realidad existente más allá de esta que se ve. En una educación verdaderamente católica, los padres deberían enseñar a los hijos la realidad entera, mostrando como son bellas las criaturas puestas por Dios en esta Tierra, pero incentivándolos a imaginar cómo ellas serían en el Paraíso.

*¿P*or qué un niño queda maravillado al ver un árbol de Navidad?

En la inocencia primera los modelos ideales brotan en el alma enteramente inocente, que tiene la noción fácil e inmediata de las cosas como ellas deben ser y, por lo tanto, del modelo ideal de todo. Por eso, viendo un árbol de Navidad el niño queda encantado, pues él posee en el fondo de su inocencia la idea – no innata, mas fácilmente adquirida – del modelo ideal de como sería un árbol paradisiáco. Por la misma razón, el niño es fácilmente sensible a lo bello, se encanta con él.

Sentido de lo metafísico, de lo maravilloso, de lo sobrenatural

El espíritu del niño no es marchitado por ciertas cosas que marchitan el espíritu del adulto. En general, por el

efecto del Bautismo – que es lo más importante – y por aún no haberse corrompido con la vida, el niño tiene una propensión a creer, una tendencia a concebir las cosas bajo la égida de lo maravilloso y una facilidad para admitirlo, cualidades estas que el adulto va perdiendo hasta llegar al tipo de viejo desilusionado, completamente escéptico, materialista, que representa el ocaso del espíritu humano.

Así, el alma del niño pide el árbol de Navidad. Ahora, el árbol de Navidad es algo que emerge para el mundo de lo maravilloso. El niño tiene una apetencia para cuentos de hadas. ¿Qué es el cuento de hadas? Es el mundo de lo maravilloso. El niño tiene también una gran aptitud para la Fe, cree y no pregunta sobre las razones para creer, él cree inmediatamente.

Eso es una especie de sentido virginal que tiene el niño de una realidad existente más allá de esta que nosotros vemos, la cual es más bella y sacia anhelos del espíritu humano que el hombre adulto ya no posee, pues a medida que la persona vive ella se va apegando a las cosas terrenales y perdiendo el sentido de lo extraterrenal, de lo metafísico, es decir, de una realidad existente más allá de lo físico, y el sentido de lo maravilloso, de lo sublime, de lo sobrenatural. Todo eso va menguando en la persona a medida que ella se torna adulta.

Estas primeras posiciones del alma implican no en una profesión explícita de Fe en Dios, sino en la existencia del Creador, o porque la presuponen, o porque conducen a ella, pero son corolarios necesarios de la existencia de Dios.

Aspiración por un orden ontológicamente más perfecto

Por ejemplo, a veces el árbol de Navidad es acusado de ser una cosa laica, y realmente esta impostación tiene algo de verdad. Pero, en el fondo, ella no es laica, pues traduce una aspiración del niño para un orden ontológicamente más perfecto que el nuestro, en que todo sea de maravillas constituidas no solamente de bienes para el cuerpo, sino de bienes para el alma. No es el árbol de Navidad donde se cuelgan caramelos para comer o juguetes para divertirse. No es esto. Aquellas bolas coloridas, estrellas



Gabriel K.

y otras cosas de ese género son adornos inútiles para jugar. Son hechos para contemplar. ¿Contemplar qué? En el fondo, la hipótesis de un orden de cosas maravillosas existente fuera de la realidad palpable. El niño sabe que aquel árbol no es así, que aquellos no son frutos de aquel árbol. Mas por detrás está un deseo confuso, pero ardiente, de lo extraterrenal que se expresa en aquello. Allí existe, por lo tanto, la nutrición de un anhelo del alma de una cosa metafísica y, por lo tanto, un impulso que es un punto de partida

para anhelar a Dios.

Consideren un niño en la primerísima infancia que entra en una sala donde está preparado un árbol de Navidad. Allí, naturalmente, están los objetos comunes propios a una sala de cualquier casa, como mesa, sillas, libros, cuadros. No obstante, al entrar, el niño tiene su atención atraída inmediatamente por los adornos navideños maravillosos allí colocados, y no por los objetos comunes de la vida cotidiana.

Alguien dirá que es natural porque los objetos maravillosos no son habituales, y aquello que es nuevo llama la atención. Pero no es eso. Un niño que va por la primera vez a una casa para ver un árbol de Navidad no cono-



J.P. Ramos



ce los objetos allí presentes. Por lo tanto, el árbol de Navidad es tan nuevo para ella cuanto los otros objetos que están en la sala. Sin embargo, es el árbol que llama la atención. En la primerísima infancia, las luces, las bolas plateadas, doradas, roja, verdes, azules, que cuelgan del árbol, atraen más la atención que todo.

¿Por qué la atención del niño queda más atraída por los adornos, por las luces que por el propio árbol de donde todo eso cuelga? ¿Es más atraído por el árbol en su conjunto de que por los otros objetos en la sala? En el fondo, es porque el niño tiene una idea, correlativa al sentido de lo absoluto, de que si algo fuese como debe ser, sería mucho más maravilloso de lo que es.

Una educación verdaderamente católica

En efecto, sin que el niño haya oído jamás hablar de Paraíso, ni tener aún inteligencia para representarse lo que es un Paraíso, duerme dentro de él un deseo de lo paradisiaco que despierta cuando ve aquellas cosas.

Los trituradores, los incendiarios de Paraísos dicen que ese vuelo de alma de un niño es un movimiento tonto de la primera infancia; cuando él sea adulto se va a preocupar mucho más con la agencia bancaria cercana que con el árbol de Navidad armado en casa. No se dan cuenta de que ese paraíso que duerme en el niño es lo mejor de su talento y de su inteligencia.

Por estar en esta Tierra de exilio, el hombre no tiene cosas como las del Paraíso, donde todo es mucho más bonito; entonces, el imagina el árbol de Navidad. Y el niño se encanta porque su alma desea una perfección que no existe en las cosas de la Tierra. El querría un orden, una naturaleza, otras personas, en fin, todo como no existe, porque su alma fue hecha para cosas mayores.

Precisamente por desear esas cosas mayores él posee una forma de talento por donde

como que adivina la perfección que todo debe tener. Por causa de eso también el niño tiene una imaginación muy creativa y el sentido de lo maravilloso llevado a un alto grado.

En una educación verdaderamente católica, los padres deberían enseñar a los niños la realidad entera, mostrando como son bellas las criaturas puestas por Dios en esta Tierra, pero incentivándolas a imaginar cómo serían en el Paraíso. Entonces, la ardilla es muy bonita, pero se podría conjeturar cómo serían las ardillas moviéndose en el Paraíso.

A veces, al ver pasar una bella mariposa, un picaflor, o algún otro bicho bonito, el niño tiene la tendencia de perseguirlo, pues es algo maravilloso que quiere agarrar, como si esas criaturas se hubiesen extraviado del Paraíso y hubiesen venido a parar aquí en la Tierra.

Delante de esa tendencia los padres del niño deberían decir: “Mira, Dios hizo así el Paraíso. Esto está aquí para que tu tengas una idea de cómo las cosas podrían ser. Observa lo que Dios hizo de maravilloso, procura prestar atención e imaginar como sería el Paraíso. En todo cuanto tu hagas procura expresar tu tendencia para el Paraíso. Toma el rumbo de la perfección. Mas, pobre Paraíso terrestre en comparación con el celestial... En este no hay flores, existen ángeles. Y por encima de ellos y de todo está Nuestra Señora, que es más tu Madre que tu propia madre. Porque Ella te ama más de lo que todas las madres juntas amarían al hijo único que tuviesen. Y si tú te sientes una ratita para ser amada así por María Santísima, cree porque es de Fe, a cada ‘ratita’ humana Ella ama así. Cree y confía, alégrate y reza. ¡Trata de servirla y batallar por Ella!

“Pero contempla los ojos de Nuestra Señora y verás que en el fondo hay una luz que va mucho más allá. ¡Ella te está mirando, pero al mismo tiempo está mirando a su Divino Hijo! Hay una luz de Cristo en Ella que va más allá de lo humano. Es humano, pero divino. Más aún, Ella está viendo a Dios cara a cara. Mirando los ojos de Ella es como si tu mirases un espejo para ver el Sol: ¡lo maravilloso por excelencia, la perfección de todas las perfecciones!”



Luis Samuel

Daniel A.

Daniel A.

Daniel A.

Gabriel K.

Volver a comprender y a amar lo maravilloso es una verdadera conversión

Si todos los hombres tuviesen eso presente, el mundo sería otro. Es incalculable el bien que los sacerdotes harían si en las iglesias pronunciasen sermones sobre eso. Además, realzado por algo que la palabra del padre tiene y la del laico no, esto es, la gracia del sacerdocio, resaltada por el púlpito, por la dignidad y por las bendiciones especiales que Dios pone en el edificio sagrado.

Sin embargo, ya en la remota época de mi infancia la formación no era dada así, sino que se decía: “Esas cosas son bobadas de la infancia, no pienses en eso. Todo cuanto es maravilla es sueño. Tu pierdes el partido de la vida si piensas en esas cosas. ¡Sé práctico! Para eso tu precisas dos cosas: tener salud y ganar dinero. Preocúpate en ser saludable y en hacer fortuna. ¡Corre detrás del oro! No sueñes esas maravillas. ¿Qué dinero o que salud ellas te dan? ¡Cierra tu horizonte a lo maravilloso! Así tu tendrás el placer y la riqueza.”

Ahora, esta no es la perfecta formación.

John Harrison (CC3.0)



Kgbo (CC3.0)

Alguien objetará:

“Está bien, Dr. Plinio, pero si no nos empeñamos cien por ciento en ganar dinero moriremos mendigos”.

Nuestro Señor Jesucristo afirmó: “Mirad como crecen los lirios del campo. No trabajan ni hilan, sin embargo, Yo les digo, ni Salomón en toda su gloria jamás se vistió como uno sólo de entre ellos” (Mt 6, 28 – 29). Por lo tanto, confía, porque eso se arregla. Es posible recuperar la salud o la fortuna perdida. No obstante, no se recupera el tiempo perdido. Es necesario una gracia muy grande para que un alma, que se haya dejado trancar en esos horizontes más bajos, vuelva a comprender y a querer lo maravilloso. Es una verdadera conversión,

Tales consideraciones nos llevan a la idea de que debemos pedir a Nuestra Señora esa inocencia, para nosotros y para todas las personas, porque Dios es infinito en su deseo de bien y quiere abarcar con su grandeza y bondad a la Creación entera. ❖

(Extraído de conferencias de 28/6/1969, 7/6/1974, 29/5/1981, 12/10/1985)



Inmaculada Concepción
Museo Nacional de Villa
Guinigi, Lucca, Italia

La antítesis más completa del mal

Con excepción de la humanidad santísima de Nuestro Señor Jesucristo, ninguna criatura de Dios resalta tan bien la antítesis entre el bien y el mal como Nuestra Señora. Porque en Ella no hay ningún mal, esa oposición es muy fuerte.

Por otro lado, la virtud que le confieren la Inmaculada Concepción, la confirmación en gracia, en fin, todo lo demás, es de tal manera excelente, que hace de Ella la antítesis más completa del demonio. No se trata de decir que María es tan santa cuanto el demonio es malo. La santidad de Ella excede de lejos la maldad del demonio, ni es posible la comparación.

Además, incluso en esta imposibilidad de comparación, el contraste se afirma grandiosamente. ¡Ella es mucho más que el “antidemonio”, porque es la Madre Virgen del Salvador! Esto explica el *inimicitias ponam*, el talón que aplasta la cabeza de la serpiente.

(Extraído de conferencia del 18/09/1992)